

Literatura *V* Justicia

Diario de un médico loco

Leonidas Andreiev



Leonidas Andreiev

Nacido en Oriol (Rusia), 1871 Andreiev originalmente estudió Derecho en Moscú y San Petersburgo, pero abandonó su poco remuneradora práctica para seguir la carrera literaria. Fue reportero para un periódico moscovita, cubriendo la actividad judicial, función que cumplió rutinariamente sin llamar la atención desde el punto de vista literario. Su primer relato publicado fue *Sobre un estudiante pobre*, una narración basada en sus propias experiencias. Sin embargo, hasta que Máximo Gorki le descubrió por unos relatos aparecidos en el *Mensajero de Moscú* (Moskóvski véstnik) y en otras publicaciones, empezó realmente la carrera de Andreiev.

Óscar Vela Descalzo

Nació en Quito en 1968. Es escritor, doctor en Jurisprudencia y abogado. Ha publicado las novelas: *Yo soy el fuego* (2013), *Desnuda Obscuridad* (2011), *Las voces obscenas del desvarío* (2006), *La dimensión de las sombras* (2004) e *Irene*, premio Joaquín Gallegos Lara, *El Toro de la Oración* (2002). Ganó el Concurso Internacional de Cuentos La Falguera (Asturias, 2003).

COLECCIÓN

Literatura *Y* Justicia



Leonidas Andreiev

Diario de un médico loco

Prólogo de
Óscar Vela Descalzo

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

COLECCIÓN

Literatura  Justicia

Presidente del Consejo de la Judicatura

Gustavo Jalkh Røben

Vocales

Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez

Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Consejo Editorial

Gustavo Jalkh Røben / Néstor Arbito Chica

Juan Chávez Pareja / Efraín Villacís

Directora de la Escuela de la Función Judicial

Patricia Herrmann Fernández

Director de la Colección

Efraín Villacís

Editor General

Antonio Correa

ISBN 978-9942-07-488-1

Diseño y Diagramación

Alejandra Zárate

Fotografía de portada

Dirección Nacional de Comunicación del Consejo de la Judicatura

Revisión y corrección de textos

Susana Salvador

Gustavo Salazar

Imprenta Editogran

Escuela de la Función Judicial
Av. La Coruña N26 -92 y San Ignacio Edif. Austria,
3er piso / <http://escuela.funcionjudicial.gob.ec>
www.funcionjudicial.gob.ec

Este libro es una publicación sin fines de lucro y de distribución gratuita

Quito, Ecuador 2013

Contenido

<i>Prólogo</i> de Óscar Vela Descalzo	9
Diario de un médico loco	17
I	19
II	37
III	51
IV	61
V	79
VI	93
VII	103
VIII	119

DIARIO DE UN MÉDICO LOCO

Una Historia para Juzgar o excusar

Leonidas Andreiev (Oryol, Rusia, 1871 - Finlandia, 1919), es uno de los escritores más representativos de la literatura criminal, también llamada en ocasiones literatura judicial, es decir aquella que parte normalmente de un delito de características atroces, y cuyo texto nace y se desarrolla en los propios expedientes procesales, en la mayoría de los casos de la pluma de autores con formación legal.

Andreiev cursó estudios de derecho en las universidades de Moscú y San Petersburgo, estudios que abandonaría pronto para dedicarse por entero a la literatura, inicialmente con un gran éxito comercial, pero pocos años después terminaría muriendo en precarias condiciones económicas como consecuencia de su exilio en Finlandia. Es importante anotar que en el caso particular de Andreiev, además de sus inicios en el Derecho, también influiría en su obra el trabajo periodístico que realizó tras conseguir un puesto de

reportero cubriendo la actividad judicial, y profundizando así su conocimiento en aquellos procesos criminales que se constituirían más adelante en la fuente inspiradora de sus obras.

La riqueza literaria del crimen ha permitido que los lectores disfrutemos de obras maestras que, además consagraron a varios autores. Extrayendo de la extensa lista algunos ejemplos tenemos obras como: *Santuario* de William Faulkner, *Crimen y Castigo* de Dostoievsky, *Casa Desolada* de Dickens, *A Sangre Fría* de Truman Capote, *Los Asesinatos de la calle Morgue* de Allan Poe, las aventuras de Sherlock Holmes de Sir Arthur Conan Doyle, entre otros.

La fascinación humana por el crimen nos llega desde tiempos inmemoriales. Ya en la tradición oral las principales narraciones tenían que ver en gran medida con la muerte del hombre por el hombre. Con el descubrimiento del papel y la aparición de los primeros libros la tendencia narrativa fue la misma: relatar historias reales y de ficción a partir de los delitos más graves que ha cometido el ser humano. Así, conocimos la espeluznante historia del asesinato de Caín, quizá el primero de la humanidad, y en lo sucesivo hasta nuestros tiempos nos vemos deslumbrados por esos sucesos macabros que, como reflejo dimensional del acto atroz de Caín sobre su hermano Abel, se repiten de forma incesante, por siempre, en

una especie de estigma genético que nos diferencia de casi todas las especies de seres vivos.

En efecto, el ser humano es uno de los pocos animales habitantes del planeta que es capaz de exterminar a los miembros de su propia especie. De esta premisa cierta y comprobable nacen una serie de cuestionamientos y quizá uno de los más debatidos de todos sea el siguiente: ¿Es el ser humano un asesino por naturaleza? De esta interrogante han nacido varias teorías, quizá la más aceptada universalmente es con la que coincide el filósofo español Fernando Savater al concluir que existen dos nacimientos para el ser humano, el fisiológico en el que llegamos en un estado de completa indefensión y con el alma pura; y el social, es decir, nuestro ingreso al colectivo de la especie, allí donde somos moldeados a imagen y semejanza de otros miembros de la sociedad siempre en función de nuestra condición económica, religiosa y sociológica. En este nacimiento social, evidentemente, tenemos un riesgo más alto de convertirnos en potenciales asesinos, y en efecto, no tengo duda de que todos, dependiendo de las circunstancias, lo somos.

Por tanto, analizar y comprender el comportamiento delictivo del ser humano ha sido probablemente la razón más poderosa para que existan tantos autores y tantas obras sobre criminalidad, pasando

por estudios psicológicos, psiquiátricos y sociológicos, hasta los extensos tratados jurídicos que se han escrito y se siguen escribiendo sobre el tema, e incluso las obras literarias como la que tiene usted en sus manos.

De la inmensa cantidad de teorías criminales, hay una que resulta tan curiosa como controvertida, y es la del médico turinés Cesare Lombroso, que identificaba al criminal tipo en base a ciertas características físicas como las asimetrías craneales y mandíbulas prominentes. Por supuesto su teoría quedó nada más que en el campo del análisis y la anécdota cuando, transcurrido el tiempo, la humanidad trasladó a la ciencia de la psiquiatría y la psicología el estudio de las causas y de la imputabilidad en materia criminal. Y es precisamente allí, en la imputabilidad, en donde radica la fuerza de esta magnífica narración de Andreiev.

Partamos inicialmente del hecho de que la imputabilidad es la capacidad humana para comprender las consecuencias de un hecho delictivo. Concurren allí entonces la libertad, el discernimiento y la intencionalidad, y como resultado de estas concurrencias, la culpabilidad y responsabilidad del individuo. También es importante analizar en el caso de esta obra literaria llevada al campo de lo jurídico, las causas comunes de ininmutabilidad, o sea aquellas eximentes de responsabilidad hacia quien ha cometido un delito,

y entre ellas se encuentran frecuentemente en las legislaciones las anomalías psíquicas, la intoxicación de alcohol o drogas, las alteraciones de conciencia y la edad. Llevando este caso hacia alguna de estas excepciones que harían inimputable al asesino del *Diario de un médico loco*, podemos concluir en un primer análisis básico a partir del mismo título que la intención del autor era claramente incidir en el veredicto final del lector, predisponiendo al mismo a la lectura de una obra en la que la conclusión parecía estar resuelta desde el inicio, y por tanto la narración solo nos descubriría el camino tomado. No obstante, me adelanto a comentar que, no necesariamente todo lo afirmado en el diario del doctor Kerjentzef resulta ser cierto.

La locura ha sido y sigue siendo una maravillosa e inagotable fuente natural para varios géneros literarios, y también para la práctica jurídica profesional, pues en muchas ocasiones ha resultado una vía de escape óptima para un cliente claramente culpable. La locura pues, ocupa un espacio preponderante en esta obra. El médico Antonio Ignacio Kerjentzef se encarga de relatar en primera persona el asesinato de su amigo Alejo Constantino Saviélov. Un mes después del brutal crimen, es el autor confeso el que pone a disposición de la justicia y de la psiquiatría su propia interpretación de lo sucedido. Redactada como una

confesión llana y pura de los hechos, el lector se sumerge de inmediato en los nebulosos pasadizos de una mente tan perversa como brillante. El juego, porque la narración de Andreiev en esta obra es eso, un juego de estrategia legal, consiste en desenmarañar los hilos de una historia laberíntica para juzgar o exculpar. Y ya que los lectores de este tipo de obra, más aún si somos abogados, nos inclinamos siempre a hacer el papel de dioses todopoderosos y omnipresentes, entramos al juego maravillados y con las cartas tendidas sobre la mesa: la confesión del criminal y las razones que tuvo para asesinar a su amigo.

En teoría, todo parece ser simple, casi una ecuación matemática o un silogismo categórico: dos premisas sólidas y una conclusión verdadera. No obstante, en la obra no todo resulta ser verdad, o al menos, no todo lo que parece ser verdad es tal. La mente humana es tan compleja, tan inmensamente desconocida, que el juego del autor está justo allí, en los terrenos más farragosos del comportamiento humano: en la demencia.

¿Es el médico Antonio Ignacio Kerjentzef realmente un asesino? Y en caso de serlo, ¿es imputable por el delito cometido? ¿Acaso sus causas son justificaciones procesales válidas, eximentes de su culpa?

Cada libro es una aventura nueva, una vida floreciente que el lector experimenta al abrir la primera

página y que sobrelleva con él hasta el punto final. No tengo duda de que las mejores experiencias de vida literaria que puede tener un lector están en las obras que exploran y escarban el alma del ser humano, aquellas que cuestionan e inquietan, las que hieren mortalmente. Con el ***Diario de un médico loco***, usted no se quedará indiferente, ya sea como juez o como parte, como juzgador o juzgado, una nueva cicatriz lo acompañará siempre.

Óscar Vela Descalzo

Diario de un Médico Loco

El 11 de diciembre de 1910 el médico Antonio Ignacio Kerjentzef cometió un asesinato. Las circunstancias del crimen motivaron la sospecha de que pudiese haber algo anormal en el estado mental del asesino.

Conducido al establecimiento de psiquiatría Elisabeth para ser allí examinado, Kerjentzef se vio sometido a la vigilancia minuciosa y severa de varios especialistas experimentados, entre los cuales se encontraba el profesor Djemnitsky, que acaba de morir.

Un mes después de su entrada en el hospital, el doctor Kerjentzef presentó a los médicos

Leonidas Andreiev

especialistas una memoria escrita por su mano, y en la cual daba explicaciones sobre cuanto había sucedido.

He aquí el documento que, unido a los otros materiales proporcionados por la información judicial, sirvió de base para redactar el informe médico-legal.

I

*H*asta este momento, señores especialistas, he ocultado la verdad; mas ahora me veo forzado a descubrirla. Cuando la conozcan, comprenderán que mi asunto no es tan sencillo como pudo parecérselo a los profanos. No se trata de uno de esos casos sencillos que conducen a la camisa de fuerza o al grillete. Hay en él algo infinitamente más serio y que, por lo menos, así me atrevo a creerlo, ha de lograr interesarles.

El hombre a quien yo maté, Alejo Constantino Saviélov, había sido compañero mío en el colegio y en la Universidad, a pesar de no ser los mismos nuestros estudios; como ustedes saben, yo soy médico, y él estudió en la Facultad

Leonidas Andreiev

de Derecho. No puede decirse que odiase yo al difunto; siempre me fue simpático, y nunca tuve amigo más íntimo que él. Sin embargo, a pesar de estos aspectos atrayentes, Saviélov no pertenecía a la categoría de aquellas personas capaces de inspirarme respeto. La amabilidad y la condescendencia exagerada de su carácter, su extraña inconsecuencia en el terreno de las ideas y de los sentimientos, su ligereza y la escasa firmeza de sus juicios, siempre versátiles, me obligaban a considerarlo como un niño o como una mujer. Las personas próximas a él sufrían con frecuencia por su manera de ser y, sin embargo –tal es el carácter ilógico de la condición humana–, le querían mucho, esforzándose por hallar una excusa a sus defectos y, para razonar el efecto que hacia él sentían, le llamaban “artista”.

En verdad, se habría dicho que este calificativo, en apariencia tan sencillo, le disculpaba por completo: todo cuanto hubiese parecido mal en un hombre normal, se tenía por indiferente y aún como bueno, cuando de Alejo se

trataba. El poder de aquella palabra vaga era tan grande, que hasta yo mismo hube de compartir durante algún tiempo la opinión general, perdonando de buena gana a Alejo sus pequeños defectos. Digo pequeños, porque él era incapaz de tener nada grande, ni siquiera los defectos. No necesitaré presentar más prueba que sus obras literarias, en las cuales todo es mezquino y vulgar, aunque otra cosa haya dicho cierta crítica, siempre dispuesta a descubrir talentos nuevos.

Cuando Alejo murió tenía treinta y un años, es decir, aproximadamente año y medio menos que yo.

Alejo estaba casado. Si ustedes no han conocido a su mujer más que siendo ya viuda, no pueden formarse idea de lo que fue antes, pues se ha desmejorado mucho. Sus mejillas han perdido el color, y la piel del rostro se ha deslucido y ajado, como un guante largo tiempo usado. ¿Y sus arrugas? Ahora son arrugas, pero antes de un año serán canales y surcos profundos. ¡Era tanto lo que amaba a su marido! Tampoco

Leonidas Andreiev

brillan más sus ojos, ni ahora ríen; mientras que antes solían reír siempre, aun en aquellas ocasiones en que debieran haber llorado. Yo no la he visto más que un momento, por azar, en el despacho del juez de instrucción, y me sentí conmovido ante semejante cambio. Ni siquiera fue capaz de lanzarme una mirada de odio... ¡Pobre mujer!

Tres personas tan solo: Alejo, Tatiana Nicolaïevna y yo, sabíamos que hacía cinco años, o sea dos antes del matrimonio de Alejo, hube yo de pedir la mano de Tatiana Nicolaïevna, y que fui rechazado. Sin embargo, y por lo que a mí respecta, es una suposición tonta la de que no éramos más que tres los que conocíamos aquello, pues, sin duda alguna, Tatiana Nicolaïevna pondría perfectamente al corriente a más de una docena de amigos y de amigas, de que el doctor Kerjentzef había querido casarse con ella, obteniendo en su demanda una negativa humillante.

Yo no sé si ella recordará haberse reído en aquella ocasión: ¡eran tantos los motivos que

tenía para reír! Pero recuérdenselo: el día 5 de septiembre ella se rio. Si ella lo niega –y lo negará–, asegúrenle, ella se rió. Yo, el hombre fuerte, el que nunca había llorado, el que jamás tuvo miedo de nada, estaba tembloroso ante ella. Temblaba y la veía morderse los labios; alargaba los brazos para abrazarla, cuando ella alzó los ojos, y sus ojos reían. Mis brazos se detuvieron en la mitad del camino, y ella se echó a reír y siguió riendo durante algún tiempo. Tan largo tiempo como quiso, aunque enseguida hubo de excusarse.

–Le ruego que me perdone–me dijo, pero sus ojos seguían riendo.

Entonces también yo sonreí; mas si he podido perdonarle su risa, jamás me perdonaré mi sonrisa. Era el 5 de septiembre, a las seis de la tarde –hora de Petrogrado–. Digo hora de Petrogrado, porque en aquel momento nos encontrábamos en el andén de la estación, y todavía veo claramente el gran cuadrante blanco y, sobre él, la posición de las negras agujas: la una, en alto; en bajo, la otra. Alejo Constantino

fue muerto también a las seis en punto. Es una coincidencia extraña, pero que a un hombre perspicaz le podrá hacer adivinar muchas cosas.

Una de las razones invocadas para internarme aquí ha sido la falta de motivos para el crimen. ¿Ven ustedes ahora cómo existía el motivo? Es evidente que éste no era los celos o la envidia. Esto supone en el hombre un temperamento ardiente, con cierta debilidad en las facultades especulativas; es decir, estados de alma que son totalmente contrarios a mí, hombre frío y razonable. ¿La venganza? Sí, más bien la venganza, ya que precisa una palabra vieja para definir un sentimiento nuevo y desconocido. Hay que decir que Tatiana Nicolaïevna me indujo, por segunda vez, al error, y esto me exasperó más. Como yo conocía perfectamente a Alejo, estaba persuadido de que una vez casada con él, Tatiana Nicolaïevna sería muy desgraciada, sentiría no haberse unido a mí, y por eso insistí tanto para que Alejo, que ya entonces estaba enamorado de ella, la hiciese su esposa. Todavía un mes antes de su trágica muerte, él me decía:

–A ti te debo mi felicidad... ¿No es cierto, Tania? –agregaba, y se volvía hacia su mujer.

Ella, después de mirarme, contestó:

–Sí.

Y sus ojos sonrieron. Yo sonreí también. Después nos echamos todos a reír, cuando él abrazó a Tatiana Nicolaïevna; porque no solían reprimirse en mi presencia. Entonces Alejo agregó:

–Sí, querido; tú erraste el golpe.

Esta broma, fuera de lugar, y que señalaba una absoluta falta de tacto, abrevió su vida una semana; en efecto, yo tenía decidido con anterioridad no matarlo hasta el 18 de diciembre.

Sí, la vida conyugal fue grata, y, especialmente Tatiana ha sido feliz. Él no quería a su mujer apasionadamente; además, era incapaz de sentir un amor profundo. Tenía una ocupación favorita: la literatura, cuyos entusiasmos le arrastraban lejos de la alcoba conyugal. Pero ella no pensaba más que en él, y sólo para él vivía. Además, él no gozaba de mucha salud; a menudo padecía jaquecas, insomnios y, evi-

dentemente, esto era para él un tormento. En cambio, para ella era una dicha cuidarle cuando estaba enfermo y satisfacer todos sus caprichos, porque, cuando la mujer ama, su personalidad queda por entero anulada.

Así es como veía yo diariamente su rostro dichoso, joven, bello, indiferente. Y pensaba para mis adentros: yo soy quien tiene la culpa. Quise encadenarla a un marido desordenado, para que ella echase en falta lo que había perdido al rehusar ser mi esposa, y, en lugar de eso, le había dado un marido al que ella amaba. Comprendan ustedes la singularidad de nuestra posición; ¡ella era más inteligente que su marido, le gustaba hablar conmigo, y, después de que habíamos conversado juntos, me abandonaba completamente feliz para acostarse con su marido!

No recuerdo ahora cuándo sentí por primera vez la idea de matar a Alejo; pero sé que desde el primer instante se me hizo la cosa tan familiar como si hubiera nacido conmigo. Sé que sentía deseos de hacer desgraciada a Tatiana Nicolaïevna , y que desde el principio, imaginé

otros muchos proyectos menos peligrosos para Alejo. Porque yo siempre he sido enemigo de la crueldad inútil. Gracias a la influencia que yo tenía sobre él, confiaba en lograr que se enamorase de otra mujer, o en arrojarle a los excesos del alcoholismo (tenía él cierta inclinación a la bebida); pero estos medios no servían para nada, por la sencilla razón de que Tatiana se habría ingeniado para seguir siendo feliz, aun cediendo su marido a otra mujer o teniendo que recibir sus caricias de borracho. Necesitaba a aquel hombre, y hubiera sido siempre su esclava, pasase lo que pasase. En el mundo existen semejantes naturalezas serviles, y en su condición de esclavas, no pueden comprender ni apreciar otra fuerza que no sea la de su señor. En el mundo ha habido mujeres inteligentes, bondadosas y llenas de talento; pero jamás vio ni verá el mundo una mujer justa.

Lo reconozco sinceramente, y no lo hago para obtener una indulgencia que me parece inútil, sino para demostrar de qué manera normal y correcta hubo de tomar cuerpo mi pro-

Leonidas Andreiev

yecto; durante bastante tiempo tuve que luchar contra la piedad hacia el hombre que yo había condenado a morir. Le tenía lástima por los minutos de horror que precederían a su muerte. Me apiadaba –no sé si me comprenderán– hasta de su cráneo, que yo habría de romper. En el organismo vivo, armonioso y activo, existe una belleza particular, y la muerte, lo mismo que la enfermedad o que la vejez, es, ante todo, una cosa fea. Recuerdo que, hace de esto mucho tiempo, cuando acababa de terminar mis estudios, tuve entre mis manos un perro joven y hermoso, de miembros vigorosos y bien proporcionados, y me fue preciso hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo antes de despellejarlo vivo, tal como lo exigía la experiencia que yo quería emprender. Mucho tiempo después seguía siéndome desagradable el recuerdo.

Si Alejo no hubiese estado tan enfermizo, tan débil, ¡quién sabe!, quizá yo no le hubiese matado. Todavía siento ahora el destrozo de su hermosa cabeza. ¡Díganselo ustedes a Tatiana Nicolaïevna , se lo ruego! Su cabeza era hermo-

sa, muy hermosa. Tan solo los ojos dejaban algo que desear; eran demasiado pálidos, sin fuego, sin energía.

Mas yo no habría matado a Alejo si la crítica hubiese tenido razón; si él hubiera realmente poseído genio poético. Hay tantas tinieblas en la humanidad y está tan necesitada de grandes talentos para iluminar su camino, que es preciso cuidar de éstos como de las gemas más preciosas, a fin de justificar de este modo la existencia del sinnúmero de pícaros y de tontos. *Pero Alejo no tenía talento.*

No es éste el momento de escribir un artículo de crítica; pero busquen el sentido de las obras del difunto, aún de aquellas que hicieron más ruido y verán cómo no eran en modo alguno indispensables a la humanidad. Eran interesantes para centenares de gentes cuya gordura les exige distracciones; pero no para todos los hombres en general, para todos nosotros, los que pretendemos buscar el secreto del Universo. Cuando el escritor, con la fuerza de su inteligencia, debe crear

Leonidas Andreiev

una vida nueva, Saviélov se contentaba con descubrir la vida antigua, sin pretender siquiera arrancarle su sentido oculto. La única producción suya que me agrada, y en la cual, ciertamente, se aproximó a los dominios de lo inexplorado, es su novela corta titulada *El secreto*; pero esa obra es la excepción. Por otra parte, lo peor que hay en esto es que Alejo comenzaba visiblemente a decaer y que su felicidad le había hecho perder los últimos dientes, que tan necesarios son para morder a la vida y para deshacerla en menudos trozos. Con frecuencia me hablaba él mismo de sus dudas y yo veía que eran fundadas. He examinado con atención y en detalle los planes de sus trabajos futuros; sus desolados admiradores pueden consolarse: no he encontrado en ellos nada grande, ni nada nuevo. De todos los íntimos de Alejo, su mujer era la única que no veía la decadencia de su marido, ni la hubiera visto jamás. ¿Saben ustedes por qué? Porque ella no leía nunca las obras de Alejo. Una vez que yo pretendí abrirle los ojos, no más que un poco, hubo de juzgarme simplemente como un em-

bustero. Y después de haberse asegurado de que estábamos solos, me dijo:

–Hay algo que usted no puede perdonar a mi marido.

– ¿Qué es?

–El que lo sea y el que yo le ame. Si Alejo no experimentase la pasión que experimenta por usted...

Ella vaciló, mas yo le hice el cumplimiento de completar su frase:

–¡Usted me habría echado de esta casa!

Brilló en sus ojos un deseo de reír. Mas, sonriendo con aire inocente, pronunció muy despacio:

–No, no le habría echado de esta casa.

No obstante, yo no le había demostrado ni con un gesto, ni con una palabra, el que continuaba amándola. Pero yo pensé entonces: “Tanto mejor, si ella lo ha adivinado”.

El hecho en sí de quitar la vida a un hombre no tenía para mí nada que me detuviera. Sabía que era un crimen severamente castigado por

Leonidas Andreiev

la ley; mas casi todos nuestros actos son crímenes, y para no verlo, es necesario estar ciego. Para quienes creen en Dios, son crímenes contra Dios; para los demás, son crímenes contra los hombres; para aquellos semejantes a mí, son crímenes contra uno mismo. Habría sido un gran crimen no poner mi plan en ejecución después de haber llegado a reconocer la necesidad de matar a Alejo.

La razón que divide los crímenes en grandes y pequeños y que califica al homicidio de gran crimen, siempre me ha parecido una de esas trapacerías humanas, consuetudinarias y piadosas, de las cuales se hace uno a sí mismo culpable; lo he juzgado como un esfuerzo que hacemos para ocultarnos tras nosotros mismos, para evitar toda responsabilidad.

Yo tenía miedo de mí mismo, y esto era lo principal. Para el asesino, para el culpable, lo terrible no es la intervención de la policía o de la justicia, sino él mismo, sus nervios, la fuerte protesta de todo su ser, educado según ciertas tradiciones. Recuerden ustedes a Raskol-

nikov, aquel hombre muerto de un modo tan miserable y tan estúpido; pues hay infinidad de hombres que se le asemejan. Yo me detuve largamente en este punto, lo estudié minuciosamente, tratando de representarme cuanto yo experimentarí después del asesinato. No diré que llegase a la completa certidumbre de mi tranquilidad —semejante seguridad no puede existir en un hombre que piensa, que prevé todas las eventualidades—. Pero después de haber reunido cuidadosamente todos los datos proporcionados por mi pasado; después de haber tomado en consideración la fuerza de mi voluntad, la firmeza de mi sistema nervioso intacto y mi desprecio profundo y sincero para la moral corriente, podía mantener una certidumbre relativa en cuanto se refería al resultado favorable de mi empresa. No sería inútil recordarles aquí un hecho interesante de mi existencia.

Cuando todavía era estudiante de quinto año, me apropié de quince rublos de cierta cantidad que mis camaradas me habían confiado, y después les declaré que el cajero había padecido

Leonidas Andreiev

un error de cuenta; nadie dudó de mi palabra. Era algo más que el robo ordinario de un necesitado que toma los dineros del rico; existía allí un abuso de confianza y el dinero había sido hurtado a un camarada, a un pobre, por un hombre que tenía recursos; por esto era imposible dejar de creerme. Este acto les parecerá a ustedes, probablemente, más repugnante todavía que el crimen por mi cometido al asesinar a mi amigo... ¿no es cierto? Sin embargo, lo recuerdo perfectamente: yo estaba alegre por haber podido realizar tan admirablemente aquel robo, con tal habilidad, y fijaba mis ojos resueltamente sobre los de mis camaradas, a quienes tan libre y audazmente estaba engañando; mis ojos eran negros, hermosos y francos y se creía en ellos. Pero de lo que yo estaba más orgulloso era de que no experimentaba absolutamente ningún remordimiento de conciencia; eso era lo que necesitaba demostrarme a mí mismo. Todavía recuerdo ahora con particular satisfacción los manjares del succulento almuerzo que hube de darme con el dinero robado, y cómo comí con excelente apetito.

Ahora, ¿acaso tengo remordimientos de conciencia? Absolutamente ninguno. Lo que experimento es un sentimiento penoso, horriblemente penoso, tal como ningún hombre en el mundo lo haya jamás experimentado, y mis cabellos encanecen; pero esto es otra cosa. Una cosa *distinta*. Algo terrible, inesperado, increíble, dentro de su horrenda simplicidad.

II

*H*e aquí el problema que yo tenía que resolver.

Debía matar a Alejo; precisaba que Tatiana Nicolaïevna viese que era yo quien había matado a su marido; pero, al propio tiempo, era menester que el castigo legal no me alcanzase. Aparte de que el castigo habría, inútilmente, proporcionado a Tatiana un motivo de satisfacción, yo no deseaba ir a presidio. Me gusta demasiado la vida.

Me gusta ver centellear el vino dorado en las finas copas de vidrio; me gusta extenderme sobre una cama limpia cuando estoy fatigado; me gusta respirar el aire puro en primavera, admirar las bellas puestas de sol, leer libros

Leonidas Andreiev

interesantes y sabiamente escritos. Yo mismo me gusto; el vigor de mis músculos, el de mi pensamiento, exacto y claro. Me gusta el saber que estoy solo y que nadie ha penetrado con su curiosidad en la hondura de mi alma, y en sus abismos sombríos, a cuyos bordes la cabeza gira desvanecida. No he llegado a comprender ni a experimentar eso que las gentes conocen con el nombre de tedio de la vida. La existencia me interesa; la amo por el gran secreto que dentro de ella se encierra y también por su crueldad, hasta por su feroz sed de venganza; por ese fuego de los hombres y de las cosas, del que se desprende cierta alegría satánica.

Yo era el único ser que me inspiraba respeto. ¿Cómo hubiese podido arriesgarme a que este hombre fuera a presidio, en donde le habrían privado de poder seguir llevando la existencia variada, completa y profunda que le era indispensable? Hasta desde su punto de vista, señores, tenía yo razón al desear eludir el presidio. Ejercí la medicina con éxito, y, como poseo cierta posición desahogada curo gratuitamente

a muchos pobres. Con toda seguridad, yo soy mucho más útil que aquel a quien he matado.

Por otra parte, me habría sido sumamente fácil lograr la impunidad. Hay millares de maneras de matar insensiblemente a un hombre, y, para mi cualidad de médico, me habría sido sumamente fácil recurrir a una de ellas. Entre los planes por mí imaginados y desechados, me vi largo tiempo aferrado a éste: inocular a Alejo una enfermedad incurable y repugnante. Pero los inconvenientes de este plan eran evidentes, sin hablar de que los sufrimientos prolongados para el mismo sujeto, teniendo algo de anties-tético y de grosero, me habrían hecho pasar por muy poco inteligente; además, Tatiana Nicolaïevna hubiese encontrado un placer hasta en la enfermedad de su marido. Lo que complicaba particularmente mi problema era el que Tatiana Nicolaïevna tuviese que poder reconocer la mano que había matado a su marido. Pero tan sólo los cobardes tienen miedo a los obstáculos que, por el contrario, suelen atraer con más fuerza a las almas de temple.

El azar, ese gran aliado de los sabios, vino en mi socorro. Y muy particularmente me permito llamarles la atención sobre este punto, señores peritos: *fue justamente el azar*, es decir, algo externo, independiente de mi voluntad, lo que me sirvió de base y me proporcionó la idea para cuanto debía seguir después. Había yo leído en un periódico la historia de un cajero, o de no sé qué empleado (ese periódico probablemente estará en mi casa, si no está ya en poder del juez de Instrucción), que había simulado un ataque de epilepsia, durante el cual fingiera haber perdido un dinero que, en realidad, había robado. Este hombre había sido cobarde; acabó por confesarlo todo, incluso designando el sitio donde escondiera el dinero sustraído; pero la idea, en sí, no era mala ni impracticable. Simular la locura, matar a Alejo en un fingido estado de enajenación mental, y después “curar”: tal fue el plan que instantáneamente se me ocurrió. Esto exigía mucho tiempo y algún trabajo para que la cosa tomase una forma concreta y bien definida. En aquella época, yo no conocía la psiquiatría más que superficial-

mente, como todo médico que no hizo de ella su especialidad. Pasé, pues, un año, leyendo y meditando cuanto se había publicado sobre aquellas materias. Al cabo de ese tiempo había adquirido la convicción de que mi plan era perfectamente realizable.

El primer extremo sobre el cual debía hacer fijar la atención de los técnicos, eran las influencias hereditarias, y para dicha mía, mi herencia era conforme a mis deseos. Mi padre había sido alcohólico; su hermano, uno de mis tíos, había fallecido en un manicomio, y, por último, mi única hermana, Ana, que había muerto, sufría en vida ataques epilépticos. Verdad es que por la parte de mi madre toda la familia presentaba antecedentes excelentes; pero ya se sabe que basta una sola gota de virus de la locura para envenenar toda una serie de generaciones. Por mi salud robusta, yo parecía haberme inclinado del lado de mi madre; pero existían en mí ciertas extravagancias inofensivas, que podían rendirme un gran servicio. Mi gusto por la soledad habitual, que es simple-

mente indicio de un espíritu sano, que prefiere estar solo consigo mismo o con los libros más que perder su tiempo en charlatanerías nulas y vacías, podía pasar por una misantropía enfermiza; la frialdad de mi temperamento, poco dado a los groseros goces del cuerpo, por una señal de degeneración. Mi testarudez natural logró el fin que me había propuesto —y de ello hay multitud de ejemplos en la rica existencia que llevé por entonces—, hasta poder alcanzar, para muchos de mis actos, lo que en el lenguaje de los especialistas tiene los nombres terribles de *monomanía*, *obsesión*, *ideas fijas*, etc.

De esta manera, el terreno se encontraba extraordinariamente preparado para la simulación: la *estática* de la locura estaba allí; solo restaba pasar a la *dinámica*. Bastaba dar dos pinceladas a tales elementos fortuitos de carácter, para que la imagen de la locura estuviese completa. Y yo me representaba muy claramente cuanto había de pasar, no de una manera abstracta, sino por imágenes bien vivas, porque, aunque yo no escribía idiotas novelas,

estoy muy lejos de hallarme desprovisto de sentido artístico y de fantasía.

Comprobé que era capaz de representar mi papel. La inclinación a la hipocresía existió siempre en mi carácter; era una de las formas por las cuales me esforcé en alcanzar mi libertad interior. Ya en el colegio, simulaba con frecuencia la amistad; me paseaba por los corredores del brazo de un camarada, como lo hacen los verdaderos amigos; pronunciaba de una manera hábil palabras de amistosa franqueza, indagando en el ánimo de mis compañeros, sin que de ellos se diesen cuenta. Entonces, cuando el amigo enternecido, dejaba al descubierto todas las intimidades de su ser, yo lanzaba lejos de mí su pequeña alma, y me separaba de él con la firme conciencia de mi fuerza y de mi libertad interiores. Igualmente sabía disimular en mi casa, cerca de mis padres. De la misma manera que en las casas de los viejos creyentes se les ofrece una vajilla especial a los extranjeros, del mismo modo tenía yo una sonrisa, unas palabras, una franqueza especial

Leonidas Andreiev

para cada uno. Veía cómo las gentes realizaban muchas cosas estúpidas, ociosas, perjudiciales para ellas mismas, y me parecía que si yo también me hubiese mostrado tal cual era, habría llegado a parecer como ellos, y me hubiese visto vencido por la misma idiotez y la misma banalidad.

Me agradó siempre ser respetuoso con aquellos a quienes despreciaba y abrazar a las gentes que odiaba, lo que defendía mi libertad y me hacía dueño de los demás. Pero, como revancha, jamás me engañé a mí mismo, no alcanzando a conocer esta forma, la más extendida y la más vil, de la esclavitud del hombre a la vida. Y cuanto más les mentía a los hombres, tanto más implacablemente verídico era conmigo mismo; he aquí un mérito del que muy pocos pueden vanagloriarse.

Además me parecía que yo ocultaba en mí un actor extraordinario, capaz de unir con unión completa a la vida del personaje encarnado, la crítica, fría y constante, de mi propia razón. Hasta leyendo, penetraba rápidamente

en la psicología del personaje representado, y, ¿lo creerán ustedes?, lloraba amargas lágrimas leyendo *La cabaña del tío Tom*, cuando ya había llegado a la edad adulta. ¡Cuán maravillosa, en el espíritu flexible y afinado por la cultura, la propiedad de encarnarse indefinidamente! Parece como si viviésemos mil vidas, descendiendo a la oscuridad del infierno o elevándonos sobre las más altas cimas, desde donde se abarca, con una sola ojeada, el universo infinito. Si entre los destinos del hombre está el llegar a ser Dios, el libro habrá de ser su trono...

Y, a propósito de esto, es preciso que yo me queje a ustedes de lo que aquí pasa. Tan pronto me hacen acostar cuando tengo deseos de escribir, *cuando debo escribir*, como me dejan abiertas las puertas y me veo obligado a sufrir los aullidos de un loco. El pobre aúlla, aúlla de un modo insoportable. Habría con ello motivo para volver demente a un hombre sano de juicio, con el fin de poder decir en seguida que estaba loco con anterioridad. Por último, ¿no podrían proporcionarme una bujía? ¿Es indis-

pensable que dañe mi vista con la luz eléctrica?

Pero vuelvo a coger mi relato. Hasta, una vez, pensé en mostrarme al público desde un escenario. Sin embargo, pronto abandoné tan ridículo pensamiento; la simulación pierde todo su valor cuando todos la conocen. Por otra parte, los fáciles laureles de un actor de profesión no me atraían. Se puede juzgar del mérito de mi arte por el hecho de que, aún ahora, una multitud de imbéciles me cree el más sincero y el más verídico de los hombres. Es extraño, siempre he logrado engañar, no a los imbéciles —he empleado esta expresión arrastrado por la velocidad de la frase—, sino a personas inteligentes; en cambio, hay dos categorías de seres de orden inferior, cuya confianza nunca pude obtener: la de las mujeres y la de los perros.

Ustedes saben que Tatiana Nicolaïevna jamás creyó en mi amor, y supongo que tampoco ahora cree en él, después de haber matado a su marido. He aquí de qué manera razona: “¡No me quiere, y ha matado a Alejo porque yo le amaba!” Y, seguramente, esta inepticia le pare-

ce cosa sensata y convincente. Sin embargo, es una mujer de talento.

No me pareció muy difícil representar el papel de un loco. Una parte de las indicaciones indispensables me la proporcionaron los libros; en cuanto a las restantes, hube de completarlas con mi propia creación, tal como hace todo buen actor para cada uno de sus papeles.

El resto suele ponerlo el mismo público, pues hay sentimientos ya perfeccionados por los libros y el teatro, que le han enseñado a construir, según dos o tres rasgos bastante vagos, personajes vivos. Entiéndase bien, debía infaliblemente haber en ello algunas lagunas, lo que era particularmente peligroso, en razón a la severa pericia científica que luego habría de examinarme; pero tampoco en eso preveía ningún peligro serio. El inmenso campo de la psicopatología está muy lejos de haberse explorado por completo; presenta todavía tantos rincones sombríos, tantas situaciones dependientes del azar, el espacio dejado a lo subjetivo y a la improvisación es tan grande, que yo he

Leonidas Andreiev

puesto valientemente mi suerte en sus manos, señores especialistas. Espero no haberles ofendido. Yo no pongo en duda su autoridad científica, y creo que serán de mi misma opinión, como gentes que profesan un sistema de razonamiento concienzudo y lógico.

... Por fin han dejado de aullar. Era insoportable.

Cuando mi plan no había salido aún del estado de proyecto, tuve una idea que, ciertamente, no podía proceder del cerebro de un hombre loco. *Pensé en el peligro terrible de mi experiencia.* Ustedes comprenden lo que quiero decir. La locura es un fuego con el cual es sumamente peligroso jugar. Si encienden una llama en una bodega llena de pólvora, deben sentirse mucho más seguros que si el más pequeño temor de locura se desliza en su cerebro. Yo lo sabía, lo sabía; pero ¿qué significa el peligro para un hombre como yo?

¿Acaso no sentía mi pensamiento claro, firme, como una hoja de acero? No me obedecía por completo? Igual que un florete de punta acerada, el pensamiento mío se plegaba, pin-

chaba, mordía, desgarraba el tejido de los acontecimientos; y la guardia del florete estaba en mi mano, en la mano de hierro de un esgrimidor hábil y experimentado. ¡Cuán ágil, activo y rápido mi pensamiento, y de qué modo amaba a mi esclavo, a mi fuerza, a mi único tesoro!

... Aúllan de nuevo, y no puedo escribir. ¡Qué horrible es ese rugido del hombre! He oído multitud de sonidos terroríficos; pero éste es el más espantoso, el más horrible de todos. No se parece a ningún otro semejante grito de fiera, al pasar por una garganta humana. Hay en él algo de feroz y de cobarde, de libre y de compasivo. La boca se crispa, los músculos del rostro se atirantan, cual si fuesen cuerdas y los dientes quedan al aire, como los de los perros; y del orificio sombrío de la boca se escapa ese grito espantoso, que aúlla, silba, ríe y llora.

Sí, sí; era mi pensamiento. A propósito: ustedes examinan, sin duda, mi letra; les ruego no concedan ninguna importancia al hecho de que a veces aparezca temblorosa y como transformada. Hace mucho tiempo que no he escri-

Leonidas Andreiev

to, y el insomnio me tiene muy debilitado; por eso mi mano, a veces, no está segura. *Pero esto me ocurría también antes.*

III

Comprenderán ahora de qué género fue el acceso terrible que me agarró durante una velada en casa de los Karguanof. Era mi primera experiencia, y resultó mucho mejor de lo que yo mismo esperaba. Se habría dicho que todas las personas allí presentes sabían anticipadamente lo que me iba a suceder, como si la locura súbita de un hombre, hasta entonces en su juicio, fuese a sus ojos una cosa muy natural y que puede ocurrir en cualquier momento. Nadie se mostró asombrado, y todos ayudaron admirablemente a mi juego con el juego de su propia imaginación; pocas veces un primer actor se vio rodeado por una compañía tan excelente como lo fue para mí aquella reunión de gentes

Leonidas Andreiev

sencillas, estúpidas y confiadas. ¿Les han contado a ustedes la palidez pavorosa que adquirió mi rostro y el sudor frío, sí, frío, que cubrió mi frente? ¿Y el fuego insensato que brillaba en mis ojos negros? Cuando me comunicaron todas sus observaciones, adopté un aire sombrío y abatido, pero mi alma se estremecía de orgullo, de satisfacción y de desprecio.

Tatiana Nicolaïevna y su marido no asistían a aquella reunión: no sé si se habrán fijado en esta circunstancia. No era una casualidad: tenía miedo de asustar a Tatiana o, lo que habría sido todavía peor, hacer nacer sospechas en ella. Si en el mundo hubiera existido alguien capaz de adivinarme, habría sido ella, solo ella.

Por otra parte, no había en todo aquello nada que se dejase abandonado a la casualidad. Al contrario, cada detalle, hasta el más ínfimo, había sido cuidadosamente estudiado. Escogí el momento de la comida para mi ataque, porque entonces todos estarían presentes y algo excitados por los vinos. Me puse en el extremo de la mesa, lejos de los candelabros encendidos,

pues no tenía deseo alguno de producir un incendio o de quemarme la nariz.

A mi lado hice sentar a Pavel Pétrovich Pospiélof, un hombre gordo y molesto, al cual deseaba, desde mucho tiempo antes, hacerle algo desagradable. Sobre todo cuando come es repugnante. Al verle por vez primera entregado a semejante faena, nació en mí la idea de que la acción de comer podía ser una cosa inmoral. Todo se presentaba, pues, a propósito. Probablemente nadie advirtió que el plato roto por mi puñetazo había sido previamente cubierto con una servilleta para no cortarme la mano.

En suma, que la farsa fue demasiado grosera, hasta estúpida, pero precisamente contaba yo con ello. Un juego más fino no hubiera sido comprendido. Desde un principio agitaba yo los brazos y hablaba “como excitado” a Pavel Pétrovich, hasta que este desencajó asombrado sus menudos ojos; después me hundí en una “melancolía concentrada”, tal que la afable Irene Pavlovna acabó por preguntarme:

—¿Qué tiene usted, Antonio Ignacio? ¿Por

Leonidas Andreiev

qué está usted tan serio?

Y cuando todas las miradas estuvieron clavadas en mí, yo afecté una sonrisa trágica.

—¿No se encuentra bien?

—No. Estoy algo enfermo. La cabeza me da vueltas. Pero no se inquieten ustedes, se lo ruego... Esto pasará pronto...

La señora de la casa se tranquilizó, y Pavel Pétrovich, desconfiado, me miró de reojo como desaprobando mi respuesta. Un minuto después, cuando con un aire de beatitud llevaba a sus labios un vaso de vino del Cap, rompí el vaso ante sus mismas narices, y después di sobre mi plato un puñetazo. Los restos volaron, Pavel Pétrovich se revolvió refunfuñando, chillaron las damas, y yo, apretando los dientes, tiré hacia mí el mantel y cuanto había encima: fue una escena muy cómica.

Me rodearon entonces, me sujetaron por los brazos, me trajeron agua, y me sentaron en una butaca; y yo... yo rugía como el tigre del jardín zoológico, hacienda girar mis ojos. Y todo aquello era tan estúpido, y tan bestias los que

me rodeaban, que se apoderó de mí seriamente el deseo de aprovechar aquella ocasión para golpear a algunos en los hocicos. Pero, naturalmente, me contuve.

Después se representó la escena del lento volver en mí, con las fuertes aspiraciones de los pulmones, los desfallecimientos, el rechinar de dientes, y las preguntas expresadas con voz débil:

–¿En dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido?

Hasta esta insípida frase consagrada “¿en dónde estoy?” , tuvo su éxito entre aquellas gentes, y tres por lo menos de aquellos imbéciles se creyeron inmediatamente en la obligación de contestarme:

–En casa de los Karguanof. (Después, con una voz dulce). En casa del doctor. ¿Sabe usted quién es Irene Pavlovna Karguanof?

Positivamente, los tales eran indignos espectadores de mi excelente comedia.

A los tres días –pues dejé transcurrir el tiempo suficiente para que el rumor público llegase

Leonidas Andreiev

a oídos de los Saviélov— hablé con Tatiana Nicolaïevna y Alejo. Este último parecía no comprender lo que había pasado, y se contentó con preguntar:

— ¿Qué has hecho en casa de los Karguanof?

Volvió la espalda y, un momento después, se retiró a su gabinete de trabajo. Si realmente me hubiese vuelto loco, no hubiera mostrado mayor asombro. Tuve como desquite el que la simpatía de su mujer fue muy expansiva, impetuosa y evidentemente falsa. Entonces... no sentí pesar por lo que había comenzado a ejecutar, pero me hice la siguiente pregunta: ¿vale esto la pena?

—¿Quiere usted mucho a su marido?— le pregunté a Tatiana Nicolaïevna, que seguía con la mirada a Alejo. Ella me lanzó una mirada rápida.

—Sí... ¿Por qué?

—Por nada. Lo he preguntado sin intención—. Y después de un instante de silencio vigilante, lleno de pensamientos no expresados, agregué:— ¿Por qué no tiene usted confianza en mí?

De nuevo me miró ella fijamente en los ojos, pero no respondió. En aquel momento yo no me acordaba de que hacía mucho tiempo ella se había reído, y no experimentaba ningún sentimiento en contra suya: lo que yo hacía me parecía inútil y extraño. Era aquello una reacción, muy natural, después de la fuerte excitación de los días anteriores; mas duro sólo un instante.

—Pero ¿se puede tener confianza en usted?— preguntó Tatiana Nicolaïevna, después de un largo silencio.

—Habrá que decir que no —respondí yo riendo, mientras se encendía en mí la llama que estuvo a punto de apagarse. Sentí crecer en mí la fuerza, el atrevimiento, la decisión del que ante nada se detiene. Satisfecho del éxito ya obtenido, resolví lanzarme audazmente hacia adelante—. La lucha es la única alegría de la vida.

El segundo ataque tuvo lugar un mes después del primero. Esta vez no estuvo tan bien estudiado; además, era innecesario, puesto que yo tenía un plan general. No tenía la intención de volver a comenzar aquella noche; pero pues-

to que las circunstancias se prestaban a ello, hubiera sido estúpido no aprovecharse de ellas. Recuerdo muy bien cómo sucedió la cosa. Estábamos todos sentados en el salón y la conversación era general, cuando me puse repentinamente triste. Veía de manera clara –lo que rara vez sucede– cuán extraño era yo a todas aquellas gentes y qué aislado vivía en el mundo –yo, que estaba para siempre encerrado en mi cerebro como en una cárcel–. Entonces, cuantos me rodeaban me inspiraban repugnancia. Furiosamente me puse a dar puñetazos, lanzando frases groseras, y tuve la alegría de ver pintarse el terror sobre los rostros empalidecidos.

–¡Miserables!–gritaba–. ¡Miserables! ¡Seres impuros y vanidosos! ¡Embusteros! ¡Hipócritas! ¡Almas infectas! ¡Les odio!

Y verdaderamente me batía contra ellos, y después contra los lacayos y los cocheros. Sencillamente, me era agradable golpearles y decides en su cara lo que eran. ¿Acaso el que proclama en voz alta la verdad debe ser tenido por loco? Les aseguro a ustedes, señores especialistas, que yo

tenía conciencia de todo, y que, al golpear, sentía bajo mis puños un cuerpo vivo al que hacía daño. Cuando, vuelto a mi casa me quedé solo, pensaba riendo: “ ¡Qué actor tan maravilloso soy!”. Después, me acosté y durante la noche leí un libro, cuyo autor puedo citarles: Guy de Maupassant. Como siempre, me agradó, durmiéndome como un niño. ¿Acaso los locos leen libros, señores especialistas, se entusiasman con ellos y duermen como los niños?

Los locos no duermen. Sufren, y todo su cerebro se enturbia. Se enturbia y cae, y ellos sienten entonces deseos de rugir, de arañarse las manos, de ponerse en cuatro patas y arrastrarse, suavemente, para alzarse de repente y luego ponerse a gritar:

–¡Ah!...

Y reír, rugir, alzar la cabeza y aullar largo tiempo de un modo lastimoso.

– Sí. Sí.

Y dormí como un niño. ¿Acaso los locos duermen como los niños?

IV

Ayer noche, la enfermera Ana me preguntó:

–Antonio Ignacio... ¿no reza usted nunca?

Hablaba seriamente, creyendo que yo iba a responderle del mismo modo y con sinceridad. En efecto, le contesté sin sonreír, tal como ella deseaba:

–No, Macha, nunca. Pero si eso le agrada, puede hacer la señal de la cruz sobre mí.

Entonces, con gravedad, hizo ella sobre mí tres veces la señal de la cruz, y yo me sentí muy contento por haber procurado un minuto de alegría a esta mujer excelente. Como todas las gentes colocadas en alto y libres, ustedes, se-

Leonidas Andreiev

ñores especialistas, no conceden importancia a los criados, pero nosotros, los prisioneros y los “locos”, estamos obligados a verles de cerca, lo que nos da ocasión de hacer asombrosos descubrimientos. Por eso jamás pensaron ustedes que la enfermera Macha, a la que han colocado para vigilar a los locos, está también loca. Y, sin embargo, nada más cierto.

Observen su paso silencioso, resbalando, un poco tímido, muy mesurado y listo, como si caminase entre invisibles espadas desnudas. Examinen su rostro, pero tengan cuidado de que ella no se dé cuenta, que no advierta su presencia. Cuando uno de ustedes llega, el rostro de Macha se hace grave, serio, con una sonrisa de condescendencia: toma exactamente la expresión que reina entonces sobre nuestra misma cara. Hay que decir que Macha posee una facultad extraña, que tiene su significación, y es la de reflejar involuntariamente sobre su rostro la expresión de las demás personas. A veces me mira y me sonrío, y yo adivino haber sonreído cuando ella me ha mirado. Otras veces el ros-

tro de Macha se torna desagradable, sin gracia, adoptando una expresión de martirio; las cejas se juntan sobre el nacimiento de la nariz, mientras las comisuras de la boca se humillan; todo el rostro parece como si envejeciera de repente diez años y se llenase de sombras –probablemente es que mi fisonomía presenta el mismo aspecto–. Alguna vez ocurre que le asusta mi mirada. Ustedes saben cuán bizarro y, a menudo, terrorífico, es el mirar del hombre hundido en un profundo ensueño. Los ojos de Macha se abren agrandados, la pupila se oscurece, sus brazos se alzan ligeramente; muda viene hacia mí y me toca con ademán amistoso, mientras arregla mis cabellos o mi bata.

–Se le ha desatado el cinturón –me dice, y su rostro sigue siempre tan asustado.

Pero llego a verla sola, y entonces, su fisonomía está desprovista de toda expresión. Está pálida, bella y enigmática como la cara de un muerto. Si se le grita: ¡Macha!, se vuelve rápidamente, sonrío con una sonrisa medrosa, y pregunta:

– ¿Hay que darle algo?

Leonidas Andreiev

Perpetuamente, da o toma algo; y si no tiene nada que dar, que tomar o que arreglar, se ve que sufre por ello. Y siempre silenciosa. Jamás he visto que haya dejado caer o chocar nada. He intentado hablar con ella de la vida; todo la deja terriblemente indiferente, lo mismo los homicidios, que los incendios u otros horrores, que tanto efecto producen en las gentes poco ilustradas.

—Comprenda usted: los hieren, los matan, y sus hijos pequeños tienen hambre— le decía yo hablándole de la guerra.

—Sí, ya comprendo —me respondía, y preguntaba toda pensativa:— ¿No hay que darle a usted leche? ¿No ha comido usted poco?

Río, y ella me responde con una risa, un poco medrosa. No ha estado nunca en el teatro; ignora que Rusia es un Estado, y que hay otros; no sabe ni leer ni escribir, y del Evangelio tan solo conoce aquellos fragmentos oídos en la Iglesia. Todas las noches se hinca de rodillas en el suelo y reza durante largo tiempo.

Los primeros días la consideré simplemente

como un ser sencillo y estúpido, que nació para ser esclavo; pero cierto incidente me ha hecho cambiar de opinión.

Sin duda alguna saben ustedes, probablemente se lo habrán dicho, que yo he pasado aquí una fase mala que ciertamente no prueba nada, sino fatiga y debilidad momentánea de mi organismo. Bueno, pues una vez... Evidentemente, yo soy más fuerte que Macha y habría podido estrangularla, pues estábamos solos, y si ella hubiese gritado o agarrado mi brazo...; pero, no, permaneció muy tranquila. Solo me dijo, simplemente:

—¡Es preciso no hacer esto, amigo mío!

Después he pensado con frecuencia en aquel “es preciso”, y todavía sigo sin poder comprender la fuerza sorprendente que advertí encerrada en tales palabras. No está en las palabras vacías y desprovistas de sentido; está en la profundidad del alma de Macha, en una profundidad que ignoro y que me es inaccesible. Esta mujer sabe algo. Sí, sabe; pero no puede o no quiere decirlo. Más tarde, he tratado repetidas

Leonidas Andreiev

veces de obligar a Macha para que me explicase aquel “es preciso”, pero ella no ha podido satisfacer mi curiosidad.

—¿Cree usted que el suicidio es un pecado?
¿Lo ha prohibido Dios?

—No.

—Entonces, ¿por qué es preciso no cometerlo?

—Porque es así. Es preciso.— Después ella sonríe y pregunta:— ¿Desea usted que le traiga algo?

Positivamente, esta mujer está loca; pero es la suya una locura tranquila, y quiere hacerse útil, como muchos locos. Por eso es preciso no inquietarla.

Me permitiré aquí una digresión, pues la pregunta que me hizo ayer Macha me condujo a evocar recuerdos de mi infancia. No me acuerdo de mi madre, pero tenía yo una tía llamada Amfisa, que me santiguaba todas las noches. Era una solterona vieja, silenciosa, de rostro cubierto de granos, y adoptaba un gesto

de disgusto cada vez que mi padre bromeaba a propósito de novios. Yo era todavía pequeño, apenas si tenía once años, cuando mi tía se estranguló por sus propias manos en un cuartucho donde solían guardar el carbón. A mi padre se le aparecía con frecuencia en sus sueños; y aquel ateo jovial ordenó celebrar honras fúnebres y misas por el reposo de su alma.

Mi padre era muy inteligente y tenía mucho talento: sus discursos en el foro hacían llorar, no solo a las mujeres nerviosas, sino también a las gentes serias y bien equilibradas. Únicamente yo no lloraba al escucharle, porque le conocía y sabía muy bien que a lo mejor él mismo no sabía nada de las cosas de que estaba hablando. Poseía una gran variedad de conocimientos y de ideas, pero sobre todo de palabras; y las palabras, las ideas y los conocimientos se combinaban a menudo de manera feliz y bella, pero él mismo no las entendía. *Hasta algunas veces yo mismo dudaba de su existencia*: de tal modo estaba ausente de sus voces y de sus gestos; y a veces me parecía que no

Leonidas Andreiev

era un hombre, sino una imagen que aparecía en un cinematógrafo completado por un fonógrafo. No se daba cuenta de ser un hombre, que vivía actualmente, pero que un día tendría que morir, y no se había preocupado de dar un objeto a su vida. Cuando se metía en la cama y dormía, probablemente no tenía sueño alguno, interrumpiéndose en seco el curso de su existencia. Con su lengua —era abogado—, ganaba al año una treintena de miles de rublos; y ni una sola vez se extrañó de aquel hecho que no provocaba en él reflexión alguna. Recuerdo que habíamos ido juntos a una finca que acababa de comprar y yo le dije, señalando los árboles del parque:

—¿Los clientes?

Él sonrió, lisonjeado, y me respondió:

—Sí, hijo mío; el talento es una gran cosa.

Bebía mucho, y en él la borrachera se manifestaba tan solo por una aceleración en todos los movimientos, cortada bruscamente en el momento que se acostaba. Le consideraba todo el mundo como un ser excepcionalmente bien

dotado, y el solía decir siempre que, si no fuese un abogado célebre, habría sido un gran pintor o un escritor de genio. Y, por desgracia, era cierto.

Era a mí a quien él menos comprendía. Hubo cierta ocasión en que estuvimos a punto de perder toda nuestra fortuna. Aquello era terrible para mí. En estos tiempos, cuando únicamente la riqueza proporciona la libertad, no sé lo que habría sucedido si la suerte me hubiese colocado en los rangos del proletariado. Todavía no me es dado recordar sin furia que alguien hubiera podido intentar poner su mano sobre mí, obligándome a hacer lo que no quisiera, comprando por un sueldo mi trabajo, mi sangre, mis nervios, mi vida. Pero este miedo no lo sentí más que un minuto; al momento comprendí que las gentes como yo jamás permanecen pobres. Mi padre no lo comprendía. Me consideraba sinceramente como un adolescente estúpido y miraba con terror mi supuesta impotencia.

—¡Ah, Antonio, Antonio!... ¿Qué será de ti?—decía. Él mismo había perdido todas sus ener-

Leonidas Andreiev

gías; los largos cabellos en desorden le colgaban sobre la frente; tenía el color plomizo.

Yo le respondí:

—No te inquietes por mí, papá. Si yo carezco de talento, mataré a Rothschild, o desvalijaré una casa de banca.

Mi padre se enfadó, pues tomó mi respuesta por una broma inoportuna y trivial. Veía mi rostro, escuchaba el tono de mi voz, y, a pesar de ella, creía que yo bromeaba. ¡Pobre polichinela de cartón, al que por un error se consideraba como un hombre!

Desconocía mi alma, y le disgustaba toda la compostura exterior de mi vida, ya que no podía comprender el sentido de aquella. En el colegio, yo ocupaba un buen puesto, y esto le desazonaba. Cuando recibía visitas —abogados, literatos, artistas—, señalándome con el dedo decía:

—Ahí tienen ustedes a mi hijo —es el primero de su clase—. ¿Qué he hecho yo para desatar la cólera de Dios?

Se reían de mí, y yo me burlaba de aquellas gentes. Pero lo que le enfadaba todavía más que mis éxitos eran mi conducta y mi traje, correctos. Entraba en mi cuarto, cambiaba de sitio intencionadamente mis libros, y todo lo desordenaba. Mi peinado, siempre cuidado y sencillo, le quitaba el apetito.

–El inspector ordena cortarse así los cabellos– decía yo con un tono de gravedad respetuosa.

Él profería grandes injurias, y yo, en mi interior, temblaba con una risa despreciativa.

La aflicción mayor de mi padre eran mis cuadernos. A veces, cuando estaba borracho, los examinaba con cierta desesperación de una violencia cómica.

–¿No has echado nunca un borrón?

–Sí, papá. Anteayer eché uno en mi cuaderno de trigonometría.

–¿Y lo lamiste?

– ¿Qué quieres decirme?

– Que si pasaste la lengua por la mancha.

Leonidas Andreiev

—No; apliqué sobre ella papel secante.

Con un gesto de borracho, mi padre agitaba la mano y, refunfuñando, decía mientras se levantaba:

—¡Tú no eres mi hijo! ¡Qué has de serlo!...

Entre los cuadernos que odiaba, había uno que debiera haberle agradado. No presentaba ni una línea cruzada, ni una mancha, ni una raspadura. Mas he aquí, aproximadamente, lo que en él se podía leer:

Mi padre es un borracho, un ladrón y un cobarde. Después seguían ciertos detalles, que considero inútil reproducir, tanto por deferencia hacia la memoria de mi padre, como por respeto a la ley.

Viene a mi memoria un suceso, en el que ya no pensaba, y que, ahora lo veo, no estará falto de interés para ustedes, señores peritos. Estoy muy contento por haberlo recordado, muy contento. ¿Cómo me había olvidado de él?

Teníamos en casa una sirvienta, llamada Catalina, que era la querida de mi padre, al propio

tiempo que la mía. A mi padre le quería porque le daba dinero, y a mí porque yo era joven, porque tenía bellos ojos negros, y porque no le pagaba. La misma noche en que mi padre yacía en su féretro, en el salón, fui al cuarto de Catalina. Estaba cerca del salón y desde él se oía al sacerdote la lectura de las oraciones.

¡Pienso que aquella noche el alma inmortal de mi padre recibió plena y entera satisfacción!

Ciertamente es un suceso interesante, y no comprendo cómo lo iba a pasar en silencio. ¡Podrían considerar esto como un acto infantil, como una chiquillada, señores peritos, pero se engañan! ¡Fue una lucha cruel, señores peritos, y no alcancé fácilmente la victoria! La puesta, era mi vida. Si hubiera tenido miedo, si hubiera retrocedido, incapaz de amar aquella noche, me habría matado. *Estaba decidido, lo recuerdo muy bien.*

Lo que yo había hecho no era cosa tan fácil para un adolescente de mi edad. Ahora, sé muy bien que combatía contra molinos de viento; pero entonces veía yo el asunto bajo un espec-

to bien distinto. Actualmente me es difícil recordar lo que entonces experimentaba, pero recuerdo que me parecía iba a violar con un solo acto todas las leyes divinas y humanas. Un miedo horrible, hasta cómico, me había invadido; pero no obstante, logré dominarme; y cuando entraba en la habitación de Catalina, estaba tan bien dispuesto para recibir sus besos como el propio Romeo.

Sí, creo que entonces sera yo todavía romántico. ¡Qué dichoso aquel tiempo, y ya, cuán lejano! Recuerdo, señores peritos, que al salir del cuarto de Catalina, me detuve ante el cadáver de mi padre, puse la mano sobre mi pecho, como Napoleón, y le contemplé con visible arrogancia. En el mismo instante temblaba, asustado por el sudario que se había movido. ¡Qué dichoso aquel tiempo, y ya, cuán lejano!

Siento miedo al pensar en ello, pero creo que jamás he dejado de ser romántico. Creía en la inteligencia humana y en su poder ilimitado. La historia entera de la Humanidad me parecía ser la marcha de aquella inteligencia triun-

fante; y, muy recientemente, tal era todavía mi opinión. Me es penoso pensar que mi vida, de un extremo a otro, ha sido un error, que he estado loco durante toda mi existencia, como ese actor alienado que he visto en la sala próxima. Ha ido regando por todas partes trozos de papel rojo y azul, y de cada uno de esos trozos cree que es un millón; se los pide a los visitantes, se los roba, los coge en los retretes, y los guardianes le gastan bromas groseras. Él, los desprecia profunda y sinceramente. Yo le he sido agradable, y, después de pedirme permiso, me ha entregado un millón.

–Es un millón pequeño –me ha dicho–, perdóneme usted; pero ¡tengo ahora tantos gastos, tantos gastos!

Y, llevándome aparte, me ha explicado en voz baja:

–En este momento estoy recogiendo informaciones de Italia. Quiero arrojar al Papa e introducir allí una nueva moneda, ésta. En seguida, un domingo me haré proclamar santo. Los italianos quedarán satisfechos, pues son muy

felices cada vez que les dan un santo nuevo.

¿No es cierto que yo mismo he vivido con esos millones?

Es extraño pensar que mis libros –mis camaradas y mis amigos– permanecen siempre bajo sus rayos y que guardan silenciosamente lo que yo considero como la sabiduría del Universo: su esperanza y su felicidad. Yo sé, señores peritos, que, loco o no, desde su punto de vista, soy un monstruo; pues bien, debieran ver a ese monstruo cuando penetra en su biblioteca.

¡Vayan, señores peritos, examinen mi aposento, que eso les interesará! En el cajón superior, a la izquierda de mi mesa de trabajo, encontrarán un catálogo detallado de mis libros, de mis cuadros y de mis objetos de arte; también encontrarán allí las llaves de los armarios. Ustedes también son hombres de ciencia, y confío en que tratarán cuanto me pertenece con el respeto y el cuidado debidos. *Les ruego también tener cuidado de que las lámparas no den tufo.* No hay cosa tan terrible como ese hollín fino que penetra por todas partes y no

puede quitarse sino con suma dificultad.

El enfermero Pétrof acaba de negarse a darme la dosis de cloral que le he pedido. Antes de nada, yo soy médico y sé muy bien lo que hago; por eso, si me niegan algo, tomaré medidas decisivas. Hace dos noches que no duermo y, resueltamente, no quiero volverme loco. Exijo que me den chloramida. Lo exijo. Es infame hacer que las gentes se vuelvan locas.

V

Después del segundo ataque, comenzaron a temerme. En muchas casas se apresuraron a cerrarme la puerta; cuando por casualidad me tropezaba con personas de mi amistad, los rostros se crispaban, sonreían cobardemente y me preguntaban con cierto tono significativo:

—Bueno, amigo. ¿Qué tal, cómo se encuentra usted?

Yo habría podido cometer entonces cualquier iniquidad, sin perder la estimación de los que me rodeaban. Miraba a aquellas gentes y pensaba para mí: si quiero, puedo matar a éste y a aquél, y no por ello sería castigado. El sentimiento que experimentaba con tales ideas

Leonidas Andreiev

me resultaba cosa nueva, agradable y un tanto terrible. El hombre dejaba de ser algo severamente prohibido, peligroso de tocar: me parecía que las escamas que lo protegían habían caído, que estaba desnudo, y que matarlo sería fácil y seductor.

El miedo, como una muralla espesa, impedía el que las miradas escrutadoras llegasen hasta mí; por esto mismo desapareció la necesidad de un tercer acceso preparatorio. Tan sólo en esto me desvié del plan concebido, pero justamente en eso reside la fuerza del talento; no forma el cuadro, y cambia completamente el orden del ataque según las circunstancias. Más todavía deseaba obtener el perdón oficial de mis pecados pasados y un permiso para los pecados futuros; deseaba un testimonio médico y científico de mi enfermedad.

También para eso esperaba el concurso de las circunstancias, entre las cuales mi visita a casa de un psiquiatra podía parecer algo dependiente de una casualidad y hasta de una obligación. Probablemente era una sutileza inútil, pero te-

nía su valor artístico para el perfeccionamiento de mi papel. Fueron Tatiana Nicolaïevna y su marido los encargados de hacerme ir a casa de un médico.

–Se lo ruego, querido Antonio Ignacio, vaya usted a ver un médico– me dijo Tatiana Nicolaïevna. Nunca hasta entonces me había ella llamado “querido”, y tenía que pasar por loco para llegar a recibir aquella ínfima caricia.

–¡Está bien, querida Tatiana Nicolaïevna, iré!– respondí yo, con sumisión–. Nos hallábamos los tres –Alejo estaba también presente– en el despacho donde debía consumarse el homicidio.

–Sí, Antonio, no dejes de ir –confirmó Alejo con autoridad–, si no, Dios sabe lo que todavía harás.

–¿Qué es lo que yo puedo “hacer”?– pregunté tímidamente, intentando disculparme ante los ojos de mi severo amigo.

–¿Quién puede saberlo? Puede que le hagas pedazos la cabeza a alguien.

Yo daba vueltas entre mis manos a un pesa-

do pisapapeles de bronce, y, mirando primero a Alejo, luego al objeto, pregunté:

—¿La cabeza? ¿Has dicho la cabeza?

—Sí, la cabeza. Un día cogerás un objeto como ese, y todo habrá terminado. —Aquello se hacía interesante: *justamente era aquella cabeza la que yo me proponía hacer pedazos con aquel objeto, y precisamente aquella cabeza estaba pensando en el modo como la cosa sucedería.* Pensaba en ello con una sonrisa de indiferencia. Hay gentes que creen en los presentimientos, figurándose que la muerte envía por delante de ella mensajeros invisibles—: ¡qué tontería!

—No parece natural que se le pueda hacer daño a nadie con este objeto— dije yo—. Es demasiado ligero.

—¿Qué dices? ¿Que es demasiado ligero?— contestó Alejo excitado. Me quitó el pisapapeles y, blandiéndole con la mano cerrada, lo agitó en el aire varias veces—. Ensáyate.

—Ya lo veo, ya.

—No, no lo ves. Cógelo así, y verás.

De mala gana, tomé sonriendo el pesado objeto; pero entonces intervino Tatiana Nicolaïevna . Pálida, temblorosos los labios, dijo, más bien gritó:

—¡Alejo, deja eso! ¡Alejo, deja eso!

—¿Qué tienes Tania? ¿Qué es lo que tienes?
—preguntó asombrado el esposo.

—¡Deja eso! Ya sabes que no me gustan semejantes bromas.

Nos echamos a reír todos, y el pisapapeles volvió a ser colocado en su sitio, sobre la mesa.

En casa del profesor T. pasó todo tal como yo esperaba que pasase. Empleó infinidad de precauciones, escogiendo palabras discretas; me preguntó si tenía parientes que pudiesen cuidar de mí; me aconsejó no salir de casa, descansar y tranquilizarme. Apoyándome en mi condición de médico, discutí un poco con él; y si hubiese tenido algunas dudas, se le hubieran desvanecido cuando tuve la audacia de contradecirle: desde entonces me consideró irrevocablemente como loco.

Leonidas Andreiev

Me atrevo a confiar, señores peritos, que no darán ustedes demasiada importancia a esta farsa inofensiva ejecutada a expensas de un compañero suyo: como sabio, el profesor T. es, indudablemente, digno del mayor respeto.

Los días que siguieron figuran entre los más felices de mi vida. Me compadecían, como si realmente hubiese estado enfermo; me hacían visitas, empleando para hablarme un lenguaje absurdo, una especie de jerga; y como nadie más que yo sabía que estaba tan sano como cualquiera otra persona, me deleitaba ante la obra potente y precisa de mi talento. De todo cuanto de asombroso e inconcebible hay en la vida, nada tan maravilloso como la inteligencia humana. Existe en ella un elemento divino, que viene a ser como la hipoteca de la inmortalidad, una fuerza que no tiene límites. Los hombres se sienten sorprendidos y arrebatados cuando contemplan las cimas nevadas de las altas montañas; si ellos mismos supieran comprenderse, se sentirían todavía mucho más maravillados ante su propia inteligencia que ante

todas las montañas o ante todas las bellezas y todos los tesoros del mundo. El simple acto mental del obrero que se pregunta cuál es el modo mejor de colocar un ladrillo sobre otro—: he ahí el gran milagro y el misterio supremo.

Disfrutaba yo de mi inteligencia. Inocente dentro de su belleza, se me entregaba como amante apasionada, me servía como una esclava y me apoyaba como un amigo. No vayan a creer que, durante todos aquellos días pasados entre cuatro paredes, en mi casa, no pensé más que en mis proyectos. No; estos estaban ya en limpio y perfectamente estudiados. Pensaba en otras muchas cosas. Yo y mi pensamiento, por decirlo así, gozábamos con la muerte y con la vida, volando muy alto, por cima de ellas. Entre otras ocupaciones, logré entonces resolver dos problemas de ajedrez muy interesantes, cuya solución buscaba hacía mucho tiempo sin lograr dar con ella. Sin duda alguna, ustedes no ignoran que, de esto hace tres años, tomé parte en un torneo internacional de ajedrez, obteniendo en él el segundo premio; fue Lasker quien se

Leonidas Andreiev

llevó el primero. Si no hubiera sido yo enemigo de toda publicidad, habría continuado tomando parte en tales concursos. *Lasker habría tenido que acabar por cederme el primer puesto, que retiene desde hace demasiado tiempo.*

Entretanto, desde el instante en que la vida de Alejo se encontró entre mis manos, me sentía a su lado en una disposición particular. Me resultaba agradable pensar que vivía, comía, bebía y se divertía, y que todo esto era porque yo quería. Por mi parte, era un sentimiento semejante al de un padre para su hijo. Pero me atormentaba mucho por su salud. A pesar de su natural debilidad, era de una imprudencia imperdonable: se negaba a usar franelas y salía sin chanclos con el tiempo más húmedo. Felizmente, Tatiana Nicolaïevna vino a tranquilizarme. Se tomó un día el trabajo de subir a mi casa para hacerme saber que Alejo se hallaba bien de salud y que hasta dormía bien, cosa que sucedía raras veces. Completamente alegre, rogué a Tatiana Nicolaïevna entregase a su marido, de mi parte, un libro, un ejemplar raro

que casualmente había entre mis manos, y que desde hacía tiempo deseaba él poseerlo. Quizá aquel regalo fuese un error desde el punto de vista de mi plan –podían acusarme de haber querido de ese modo dar un cambio–; pero tenía tal deseo de complacer en algo a Alejo, que resolví correr aquel pequeño riesgo.

Esta vez estuve sumamente amable y natural con Tatiana Nicolaïevna, produciendo en ella una favorable impresión. Ni ella ni Alejo habían presenciado uno sólo de mis accesos: les era, pues, difícil, casi imposible, figurarse que yo estaba loco.

– Venga usted por casa –me dijo Tatiana Nicolaïevna, al despedirse de mí.

– No puedo –respondí sonriendo–, el médico me lo ha prohibido.

– ¡Qué tontería! Puede usted venir a nuestra casa tal como está en la suya; además, Alejo le echa mucho de menos.

Prometí ir, y jamás he hecho una promesa con tanta seguridad de cumplirla como aquel día. ¿No les parece a ustedes, señores peritos,

ahora que conocen todas esas maravillosas coincidencias, no les parece que no era yo el único que había condenado a muerte a Alejo, sino que también le había condenado *algún otro*? No obstante, no hay en ello ningún *otro*: todo es sencillo y lógico.

Cuando el 11 de diciembre, a las cinco de la tarde, penetré en el gabinete de trabajo de Alejo, el pisapapeles fundido estaba en su sitio. En aquel momento, antes de la comida —ellos solían cenar a las siete—, Alejo y Tatiana Nicolaïevna estaban descansando. Al verme se mostraron muy complacidos.

—Muchas gracias por el libro —dijo Alejo, apretando mi mano—. Yo mismo habría ido a tu casa, pero Tatiana me dijo que estabas completamente curado. Esta noche vamos al teatro. ¿Por qué no vienes con nosotros?

La conversación se generalizó entre nosotros. Aquella tarde había resuelto no ser disimulado —cierto es que había un fino disimulo en aquella ausencia de disimulación—, y, encontrándome bajo la influencia de la sobreexcitación de

mi inteligencia que acababa de experimentar, hablaba mucho y de una manera inteligente. ¡Si los admiradores del talento de Saviélov supiesen cuántas de “sus” mejores ideas nacieron en el cerebro de su amigo el doctor Kerjentzeff!

Hablaba yo con exactitud y precisión, haciendo destacar mis frases; al mismo tiempo, miraba la aguja del reloj y pensaba en que, en el momento en que aquella estuviese sobre la cifra seis, yo sería un asesino. Después dije algo divertido, y ellos se echaron a reír; en tanto, yo me esforzaba por anotar en mi memoria los sentimientos que experimenta el hombre que no es todavía un asesino, pero que va pronto a serlo. No era yo una imagen abstracta; pero, por una sencilla intuición, concebía el proceso de la vida dentro de Alejo, el latido de su corazón, la circulación de la sangre por sus sienes, la silenciosa vibración del cerebro, y me representaba de qué modo aquel proceso iba a interrumpirse, cesando el corazón de refluir la sangre y el cerebro, de vibrar.

– ¿En qué pensamiento se detendría?

Leonidas Andreiev

Jamás la claridad de mi conciencia había alcanzado altura tal e intensidad semejante; jamás había sentido funcionar mi *yo* tan completa, tan diversa, ni tan armoniosamente. Como Dios, veía sin ver, escuchaba sin escuchar y, sin pensar, sabía.

Me faltaban todavía siete minutos, cuando Alejo se levantó perezosamente del sofá, se desesperó y salió diciendo:

–¡Vengo en seguida!

No queriendo encontrarme con la mirada de Tatiana Nicolaïevna, me fui hacia la ventana, aparté los visillos y permanecí allí. Sin verla, sentí que Tatiana Nicolaïevna atravesaba rápidamente la habitación y venía junto a mí. Escuchaba su respiración, sabía que me estaba mirando a mí, no a la ventana, y permanecía callada.

–¡Cómo brilla la nieve! –dijo Tatiana Nicolaïevna ; pero yo no respondí nada.

–¡Antonio Ignacio! –exclamó ella; después se detuvo.

Yo seguí guardando silencio.

–¡Antonio Ignacio! –repitió ella con una voz balbuciente; entonces la miré. Ella vaciló y estuvo a punto de caer, como si se hubiera visto empujada por una fuerza terrible que se desprendía de mis ojos. Después se lanzó hacia su marido, que volvía en aquel instante.

–Alejo –murmuró–, Alejo...

–¿Qué pasa?

Sin sonreír, pero atenuando mi broma con la inflexión de mi voz, dije:

–Cree que voy a matarte con esto.

Y, con mucha calma, francamente, cogí el pisapapeles con mi mano y me aproximé con toda tranquilidad a Alejo. Él me miró fijamente, con sus ojos pálidos, y repitió:

–Cree ella...

–¡Sí; lo cree!

Lentamente, con amplio gesto, alcé el brazo y, con la misma lentitud, Alejo alzó el suyo, sin quitarme los ojos.

–*¡Espera! –dije yo con tono severo.*

El brazo de Alejo se detuvo, y siempre fijos

Leonidas Andreiev

sus ojos en mí, tuvo una sonrisa pálida, desconfiada, que apenas se dibujó sobre sus labios. Tatiana Nicolaïevna gritó algo con una voz terrible, pero ya demasiado tarde. Con la extremidad aguda del pisapapeles, golpeaba yo sobre la sien, muy cerca del arco superciliar del ojo. Cuando el cayó, me incliné, y todavía le golpeé dos veces. El juez de instrucción me ha dicho que yo le di a Alejo numerosos golpes, porque su cabeza estaba completamente hecha pedazos. Pero esto no es cierto. Yo lo golpeé, en total, *tres veces*: una vez, cuando estaba de pie, y dos veces, cuando yacía en tierra.

Es cierto que los golpes fueron muy violentos; pero no hubo más que *tres*. Lo recuerdo perfectamente. No hubo más que tres golpes.

VI

No se molesten ustedes en descifrar lo que va anotado al pie del cuarto capítulo, y no den ustedes excesiva importancia a los borrones o raspaduras. No vayan a considerarlo como indicios de un espíritu desordenado. En la extraña situación en que me encuentro, debo ser extremadamente minucioso; no oculto nada y espero que así han de comprenderlo.

La oscuridad de la noche obra siempre de una manera muy viva sobre un sistema nervioso fatigado y, por eso, los pensamientos espantosos nacen a cada momento. Durante la noche que siguió a mi crimen, mis nervios se encontraban naturalmente presos de una excitación

Leonidas Andreiev

particular. Es bueno tener dominio sobre uno mismo, porque matar a un hombre no es una broma. A la hora del té, después de haber puesto orden en mi persona, pulí mis uñas y me cambié de ropa y llamé a María Vasilievna para que me hiciese compañía. Es mi ama de llaves y un poco mi mujer. Creo que tiene otro amante; pero es una buena mujer, tranquila, y como no es demasiado interesada, me he resignado fácilmente a ese pequeño inconveniente, casi inevitable cuando un hombre compra el amor con dinero. He aquí que esta mujer idiota me dio el primer golpe.

–Abrázame –le dije.

Sonrió bestialmente y permaneció inmóvil en su sitio.

–¡Bueno! ¿Qué te pasa?

Se estremeció, se puso roja, tomaron sus ojos una expresión de terror, se inclinó hacia mí con aire suplicante, por encima de la mesa, y dijo:

–¡Antonio Ignacio, vaya usted a casa del médico!

– ¿Por qué dices eso? –grité furioso.

—¡Oh, no grite, que me da usted miedo! Tengo miedo, señor, tengo miedo.

Sin embargo, ella no sabía de los dos ataques, ni del crimen, y había sido siempre con ella de un humor igual y amable. “Hay algo en mí que no hay en los demás hombres, y que causa miedo”. Tal fue el pensamiento que tuve, pero se borró enseguida, dejándome una extraña sensación de frío en las piernas y en la espalda.

Pienso en que, sin duda alguna, María Vasilievna había oído hablar de mi enfermedad en la ciudad o a los criados, o había visto las ropas desgarradas que yo me había quitado, y de este modo su miedo se explicaba naturalmente.

—Váyase —le ordené.

Después me tendí sobre el sofá, en mi biblioteca. No tenía ganas de leer, y todo mi cuerpo estaba fatigado; me encontraba, en suma, en la situación de un actor después de un papel interpretado brillantemente. Pero me resultaba agradable contemplar mis libros y pensar en que habría de volver otra vez a leerlos. Todo me agradaba: mi habitación, mi sofá y María

Leonidas Andreiev

Vasiliévna. Por mi cabeza cruzaban fragmentos de frases de mi papel y bajo mis ojos se reproducían movimientos hechos por mí; poco a poco, se precipitaban negligentemente algunos reparos críticos: “aquí, habría sido mejor decir esto”. Pero estaba muy contento de mi “¡Espera!” improvisado. Verdaderamente, era un ejemplar raro, increíble para quienes no lo han experimentado, del poder de la sugestión.

—¡Espera! —repetía sonriendo, con los ojos cerrados. Y mis párpados sentían pesadez, tenía deseos de dormir, cuando una nueva idea penetró en mi cerebro, tranquilamente, perezosamente, como las demás, y que tenía todas las propiedades de “mi” inteligencia: la claridad, la precisión y la simplicidad. Penetró sin prisas y se quedó allá. Hela aquí textualmente, en tercera persona, tal como se formuló en mí, ignoro por qué:

Es muy posible que el doctor Kerjentzej esté realmente loco. Ha creído que simulaba la locura; pero, en realidad, está loco. En este momento, todavía está loco.

Aquella idea se repitió tres veces; y yo sonreía siempre, sin comprender.

Ha pensado que simulaba la locura; pero está realmente loco.

Cuando, por fin, comprendí... Primero creí que esta frase había sido dicha por María Vasilievna, porque me parecía haber percibido una voz, y aquella voz era semejante a la suya. Después pensé que era la de Alejo. Sí, la de Alejo, la del muerto. Por último, comprendí que era yo quien había pensado aquello, y eso fue terrible. Me agarré los cabellos y de pie, en medio de la estancia, no sé por qué, dije:

—Así es. ¡Todo ha terminado! Me ha sucedido lo que yo temía. Me he aproximado demasiado cerca del borde, y, ahora, el porvenir no me reserva más que una cosa: la locura.

Cuando vinieron a detenerme, parece ser que estaba en un estado espantable, hecho una lástima, desgarradas las ropas, pálido y terrible. Pero ¡Dios santo! pasar una noche semejante y no volverse loco... ¿no quiere demostrar que se posee un cerebro indestructible? A pesar de

Leonidas Andreiev

eso, no hice más que estropear mis vestidos y romper los espejos. A propósito: permítanme ustedes darles un consejo. Si alguna vez uno de ustedes tiene que pasar por lo que yo experimenté aquella noche, cubra con unos velos los espejos del cuarto donde se encuentre. ¡Cúbranlos, como lo hacen cuando hay algún muerto en la casa! ¡Tápenlos bien!

Es horroroso para mí haber escrito todo esto. Tengo miedo de cuanto voy a tener que recordar, de cuanto debo escribir. Pero no puedo dejarlo para más adelante.

Fue aquella tarde.

Represéntense ustedes una serpiente ebria, sí sí, una serpiente ebria: ha conservado toda su ligereza; la agilidad de sus movimientos ha aumentado más todavía: y sus dientes son también más agudos y venenosos. Está borracha y se encuentra en una habitación cerrada, llena de gentes invadidas por el miedo. Fríamente, ferozmente, se arrastra entre ellas, se enrosca alrededor de sus piernas, las pica en el rostro, en los labios, y después se apelotona

sobre sí misma, para hundir sus dientes en su propio cuerpo. Y parece como si no estuviese sola, como si miles de serpientes se enrollasen, mordiesen y se tragasen unas a otras. Tal era la imagen de mi inteligencia, de aquella en la que yo creía, y en cuyos dientes, agudos y venenosos, veía mi salud y mi defensa.

La única idea se había roto en millares de ideas, y cada una de ellas era fuerte, y todas ellas eran enemigas entre sí. Giraban en una ronda salvaje, y su música era una voz monstruosa, resonante como una trompeta, y que llegaba desde una profundidad invisible para mí. *Era la idea fugitiva, la más terrible de las víboras, puesto que se agazapa en la oscuridad.* Había salido de mi cerebro, en donde yo la tenía encerrada, para ir hasta los lugares más ocultos de mi cuerpo, hasta las negras profundidades inexploradas. Y, allí, vociferaba como una extranjera, como una esclava que huye, cínica e insolente, en su impunidad:

—¡Has creído que fingías estar loco, y lo estabas en realidad! ¡Tú, doctor Kerjenzef, eres

Leonidas Andreiev

pequeño, eres malo, eres bestia! ¡Un doctor Kerjentzef, el doctor Kerjentzef que está loco!

Eso era lo que me gritaba, ignorando yo de dónde venía aquella voz monstruosa. Ni siquiera sabía lo que era; ya les he dicho que era mi inteligencia, pero quizá no fuese. Las ideas daban vueltas en mi cabeza como pichones aterrorizados por un incendio, y la voz gritaba siempre, desde no se sabe dónde, desde abajo, desde arriba, de un lado, del otro, desde un sitio en donde no podía verla ni agarrarla.

Entre todas las sensaciones que me estremecían, la más terrible era la conciencia que tenía de no conocerme y de no haberme conocido nunca. En tanto que mi yo se encontraba en mi cerebro bien organizado, donde todo vive y funciona según su orden reglado, yo me conocía y me comprendía, meditaba acerca de mi carácter, sobre mis proyectos, y era, según yo cría, el amo. Pero ahora veo que no era el amo, sino un esclavo miserable, digno de lástima. Figúrense que habitan una casa en la que existen muchas habitaciones; no ocupan más que una, pero po-

seen la casa entera. Y de repente se enteran de que en torno suyo, todas las habitaciones están habitadas. *Sí, habitadas*, viven en ellas seres enigmáticos, quizá personas, quizá otra cosa, y la casa les pertenece. Quieren saber quiénes son; pero las puertas están cerradas, y detrás de las paredes no se oye ningún ruido, ninguna voz. Y, al mismo tiempo, saben que allí, al otro lado de aquella puerta cerrada, está en trance de decidirse su suerte.

Yo me aproximé a los espejos... ¡Cubran los espejos! ¡Cúbranlos!

Después no me acuerdo de nada hasta el momento en que llegaron los representantes de la ley y de la justicia. Pregunté la hora, y me respondieron que eran las nueve. Mucho tiempo después, no pude comprender cómo no habían pasado más que dos horas desde mi regreso a casa, y tres horas, poco más o menos, desde la muerte de Alejo.

Perdónenme, señores peritos, por haber descrito en términos tan generales y tan vagos un momento tan importante para la especialidad

Leonidas Andreiev

como aquél de mi terrible estado mental después del crimen. Pero esto es todo lo que yo recuerdo, y todo lo que puedo traducir en lenguaje humano. Por ejemplo, no puedo pintar con palabras el horror que me abrumó sin un minuto de descanso. Tampoco puedo decir, con una certeza positiva, si todo lo que tan mal he expresado sucedió realmente. Quizá todo ello no haya existido, y lo que sucedió fue otra cosa. Lo que recuerdo muy bien es aquella idea, o aquella voz, a menos que no fuese otra cosa:

El doctor Kerjenzef ha creído que simulaba la locura, y en realidad está loco.

Acabo de tomarme el pulso: 180. El sólo recuerdo de aquella voz ha bastado para agitarme de esta forma.

VII

La vez pasada escribí muchas cosas inútiles y absurdas, que, desgraciadamente, ya no puedo borrar. Me asusta pensar que puedan darles una falsa idea de mi personalidad y del estado real de mis facultades. Sin embargo, tengo fe en su ciencia y en la claridad de su juicio, señores peritos.

Ya comprenderán que únicamente causas muy serias han podido conducirme a mí, al doctor Kerjenzef, a descubrirles la verdad en el asunto del asesinato de mi amigo Saviélof.

Esas causas las verán y apreciarán fácilmente en cuanto yo les haya dicho que, todavía hoy, ignoro si he fingido la locura con el fin de matar impunemente, o si he matado porque estaba

Leonidas Andreiev

loco; probablemente, estoy privado para siempre de la posibilidad de saberlo. La pesadilla de aquella noche ha desaparecido; pero ha dejado en mí un rastro de fuego. Ya no se trata de necios temores, sino que es el terror del hombre que todo lo ha perdido, la fría conciencia de la caída, de la ruina, del error, del insondable misterio.

Ustedes, sabios, van a discutir mi caso. Los unos dirán que estoy loco; probarán los otros que mi espíritu está sano, y tan solo admitirán algunas restricciones en favor de la degeneración. Pero a pesar de toda su ciencia, no podrán probar que estoy loco o que mi espíritu está sano tan claramente como yo puedo hacerlo. Mi inteligencia ha vuelto, y, según puedan convencerse, no se le puede negar ni el vigor ni la sutileza. Es una inteligencia enérgica, excelente. Es necesario hacer justicia hasta a nuestros enemigos.

¡Pues bien, estoy loco! ¿No les sería a ustedes agradable oír por qué?

Lo que desde luego me condena es la herencia, esta misma herencia que tanto regocijo

hubo de causarme cuando preparaba mi plan. Los ataques de epilepsia que tuve en mi infancia. Perdón, señores. Yo quería esconderles este detalle, y les afirmé haber gozado de completa salud desde mi infancia. Esto no quiere decir que, en el hecho de la existencia de algunos pequeños accesos, que por otra parte desaparecieron rápidamente, haya encontrado yo una acusación peligrosa para mí. Simplemente, fue que no quise entorpecer mi relato con insignificantes detalles. Pero ahora tengo necesidad de este detalle para asentar mi lógica reconstrucción; y, como lo están ustedes viendo, lo cito sin vacilar.

He aquí, pues, lo que hay en mi caso. La herencia y los accesos en cuestión son testimonio de mi predisposición a una enfermedad psíquica. Ésta comenzó, sin que me diera cuenta de ella, mucho antes de haber elaborado el plan del asesinato. Pero poseyendo, como todos los locos, una astucia inconsciente, mas la facultad de volver a traer los actos desprovistos de sentido al nivel del pensamiento normal, me

Leonidas Andreiev

puse a engañar, no a los demás, como yo creía, sino a mí mismo. Todo esto, señores peritos, ¿no les parece a ustedes bastante verosímil?

Me es fácil probarles que no amaba a Tatiana Nicolaïevna, que no existía un verdadero motivo para el crimen; pero que yo inventé uno. En la extravagancia de mi intento, en la sangre fría con que hube de ejecutarlo, en el conjunto de los detalles, no les costará mucho advertir la misma fuerza insensata. La sutilidad y la sobrexcitación mismas de mi inteligencia antes del crimen, demuestran bien claramente que mi estado era anormal.

Fue así como, mortalmente herido, representé en la escena, el papel de un gladiador moribundo.

No he dejado pasar la menor circunstancia de mi vida sin estudiarla a fondo. He examinado de nuevo toda mi vida. A cada uno de mis pasos, a cada uno de mis pensamientos, de mis palabras, les he aplicado la medida de la locura, que ha tenido que adaptarse a cada palabra, a cada pensamiento. Hasta me parece, y esto

es algo todavía más asombroso que, anteriormente a aquella noche, surgió en mí la idea: “¿No estaré yo realmente loco?”. Pero me des- embaracé de ella y la había olvidado.

Y, probándome de este modo que estoy loco, ¿Saben ustedes a qué conclusión he llegado? *A la de que no estoy loco*; he ahí lo que he descubier- to. Dígnense escucharme todavía un instante.

Soy una víctima de la herencia y un dege- nerado; los accesos dan fe de ello. Soy un de- generado, como hay muchos, como se pudiera encontrar entre ustedes, buscando bien, se- ñores peritos. Esto proporciona una solución para todo lo demás. Mis opiniones acerca de la moral, pueden explicárselas por la degenera- ción, en lugar de ver en ello el resultado de una meditación consciente. En efecto, los instintos morales están tan profundamente anclados en el hombre, que no es posible librarse de ellos completamente, más que desviándose un poco del tipo normal. Y la ciencia, que es siempre demasiado atrevida en sus generalizaciones, conduce todas esas desviaciones al dominio

de la degeneración, hasta en el caso en que el sujeto tuviese las proporciones de un Hércules y estuvieran tan sano como el último de los tontos... ¡Pero admitamos esto! Nada tengo que decir contra la degeneración: ella me ha introducido en una agradable compañía.

No me ocuparé, pues, de defender el motivo que me ha empujado al crimen. Tatiana Nicolaïevna me ofendió realmente con su risa, y el sentimiento de aquella ofensa permaneció en mí, profundo y durable, como suele suceder en todos los caracteres disimulados y solitarios, tal como el mío. Pero incluso admitamos que esto no sea cierto. ¡Admitamos que yo no estaba enamorado! ¿No podremos convenir entonces en que, al matar a Alejo, quise únicamente probar mis fuerzas? No obstante, admiten la existencia de gentes que escalan cimas inaccesibles, con peligro de su vida, simplemente porque aquellas son inaccesibles, y no los llaman locos. Ni siquiera llegan a calificar de ese modo a Nansen, el hombre más grande del siglo que acaba de terminar. ¡Pues bien, también

la vida moral tiene sus polos, y yo he pretendido, llegar a uno de ellos!

Les causa a ustedes turbación la ausencia de celos, de venganza, de interés o de cualquiera de los otros motivos estúpidos que están habituados a considerar como reales y sensatos. Pero entonces, ustedes, los hombres de ciencia, habrían condenado a Nansen, lo mismo que los imbéciles y los ignorantes, que califican de insensata su admirable empresa.

Mi plan... Es extraordinario, es original, es atrevido hasta ser insolente; pero, ¿no es sensato desde el punto de vista del fin que me había propuesto? Y justamente mi inclinación al disimulo, que he explicado de modo tan lógico, es lo único que ha podido dictarme ese plan. La sobreexcitación de los pensamientos; el genio, ¿es una enajenación mental? La sangre fría: ¿por qué el asesino ha de temblar, palidecer, y tambalearse? Los cobardes tiemblan siempre, hasta cuando abrazan a sus amas de llaves; ¿será, pues, el valor algo que pertenece a la locura?

¡Qué simplemente se explicaban mis dudas acerca de mi salud mental! Como un verdadero artista, penetré demasiado hondamente en mi papel, me identifiqué demasiado con el personaje representado y, durante un instante, perdí la conciencia de mi personalidad. ¿Serían capaces de negarme que, entre los actores profesionales que gesticulan diariamente, no haya habido alguien que, representando Otelo, no experimentase a veces una real necesidad de matar?

¿No es cierto, señores peritos, que todo esto es bastante verosímil? Pero no comprenden ustedes una cosa extraña: cuando pruebo que estoy loco, les parece que estoy en mi sano juicio, y cuando pruebo que estoy en mi sano juicio, creen que están oyendo a un loco.

Sí... Es porque no me creen... Pero tampoco yo creo en mí; porque *¿en qué* creeré yo en mí? ¿En la inteligencia, cobarde y nula; en el siervo, que se somete a cualquiera? No sirve más que para dar lustre a las botas, y he hecho de él mi amigo, mi Dios. ¡Abajo del trono, inteligencia impotente y miserable!

Bueno, señores peritos, ¿estoy loco o no?

Macha, querida amiga, usted sabe algo que yo ignoro. ¡Dígame a quién es preciso pedir socorro!

Ya conozco su respuesta, Macha. *Pero si no es nada*. Usted es una buena y excelente mujer, Macha, pero usted no sabe ni física, ni química, jamás estuvo en un teatro, y ni sospecha siquiera que esta cosa sobre la que vive, dedicada a sus ocupaciones, que esta cosa dé vueltas. Y da vueltas, Macha, da vueltas, y nosotros giramos con ella. Es usted un niño, Macha, un niño estúpido, casi un vegetal y le tengo mucha envidia, casi tanta como desprecio.

No, Macha, no es usted quien tiene que responderme. ¿No es verdad que usted no sabe nada? En uno de los rincones sombríos de nuestra humilde casa vive alguien que es muy útil; pero, en mi casa, ese cuarto está vacío. Hace mucho tiempo que ha muerto quien allí vivía, y sobre su tumba he alzado un magnífico monumento. Ha muerto, Macha, ha muerto y no resucitará.

Pues bien, señores peritos; es a ustedes a quie-

nes decididamente debo dirigirme: ¿estoy loco o no? Perdónenme el que les importune con insistencia tan poco cortés, pero ustedes son los “representantes de la ciencia”, como les llamaba mi padre, cuando quería adularles, tienen libros y están en posesión de una inteligencia humana, clara, precisa, infalible. Naturalmente, la mitad de ustedes serán de una opinión, la otra mitad de otra; pero yo les prometo creer, señores peritos, tanto a los unos como a los otros. ¡Digan su opinión! Y he aquí, todavía, un pequeño detalle interesante, muy interesante, que vendrá en auxilio de su clara inteligencia.

Durante una velada apacible y tranquila, aquí, entre estas blancas paredes, observé yo sobre el rostro de Macha una expresión de espanto, de alteración, como de sumisión a una fuerza terrible. Después de que ella salió, me senté sobre la cama, no deshecha, y continué pensando en aquello que yo deseaba. Y me enteré de que sentía deseo de cosas extrañas. ¡Yo, el doctor Kerjentzef, sentía deseos de aullar! No de gritar, sino de aullar, como el otro.

Deseaba desgarrar mi traje y arañarme. Deseaba agarrar mi camisa por el cuello, sacármela muy suavemente, y después, de repente, rasgarla de arriba abajo. Tenía yo deseos, yo, el doctor Kerjenzef, de ponerme en cuatro patas y arrastrarme por el suelo. El silencio reinaba a mi alrededor, los copos de nieve resbalaban sobre los vidrios de las ventanas y, no lejos de allí, Macha rezaba silenciosamente. Permanecí largo tiempo reflexionando sobre lo que debía escoger. Si aullaba produciría ruido y resultaría de ello un escándalo. Si desgarraba mi camisa, se enterarían al día siguiente. Entonces, completamente razonable, escogí el tercero de mis deseos: el de arrastrarme por el suelo. Nadie me oiría; y, si alguien entraba, diría que estaba buscando un botón caído por tierra.

Durante todo el tiempo que empleé en escoger y en decidirme, estuve en una disposición de espíritu tranquila, hasta agradable; no experimentaba ningún temor, y recuerdo que balanceaba la pierna. Mas he aquí que, de repente, pensé:

Leonidas Andreiev

—¿Por qué razón he de arrastrarme? ¿Es que realmente soy un loco?

El terror se apoderó de mí, y, de repente, tuve deseo de hacer todas aquellas cosas a la vez: aullar, arrastrarme por el suelo, arañarme. Después me enfadé.

—¿Quieres arrastrarte? —pregunté—. Pero se callaron. Ya no querían.

—Bueno, ¿en qué quedamos, quieres arrastrarte? —insistí—. Aún se callaron.

—Está bien, arrástrate.

Y después de haberme recogido hacia arriba las mangas, me puse en cuatro patas, y me arrastré. Y cuando hube recorrido cerca de la mitad de la habitación, me sentí tan divertido con mi estupidez, que me senté sobre el piso, allí donde me encontraba, y me eché a reír, a reír, a reír.

Como todavía sentía en mí aquella fe consuetudinaria que me hacía creer que podemos llegar a saber algo, pensaba que había encontrado el origen de mis insensatos deseos. Evi-

dentemente, el deseo de arrastrarme por el suelo y todos los demás eran producto de la autosugestión. La idea fija de mi pretendida locura me despertaba deseos locos, y, tan pronto como los había realizado, me encontraba con que yo no tenía ninguno de aquellos deseos y con que no estaba loco. Como ustedes ven mi razonamiento era muy sencillo y lógico. Pero...

Pero, mientras tanto, yo me he arrastrado por el suelo; ¡yo me he arrastrado! ¿Qué soy? ¿Un loco que se disculpa, o un hombre en su sano juicio, pero en camino de volverse loco?

¡Vengan en mi socorro, hombres de mucha ciencia! Su autoridad ha de inclinar la balanza de un lado o del otro, resolviendo este problema terrible, atroz. ¡Con qué impaciencia aguardo!...

Pero sería en vano que aguarde. ¡Oh, grandes y queridas cabezas, no son como yo! ¿No es una misma la inteligencia humana, cobarde, engañosa, ilusoria, eternamente embustera, que trabaja en vuestras cabezas calvas y la que trabaja en la mía? ¿Por qué la mía había de ser peor que la suya? Ustedes me probarán

que estoy loco, y yo les probaré que estoy en mi sano juicio; ustedes me probarán que estoy en mi sano juicio, y yo les probaré que estoy loco. Me dirán que no hay que matar, ni robar, ni mentir, porque es inmoral y criminal, y yo les probaré que se puede matar y saquear, y que es muy moral. Y ustedes pensarán, y hablarán, y yo pensaré y hablaré también, y todos tendremos razón, y ninguno de nosotros tendrá razón. ¿Dónde está el juez capaz de juzgarnos y de encontrar la verdad?

Ustedes tienen una superioridad inmensa, que les da a ustedes solos el conocimiento de la verdad: ustedes no han cometido un crimen, no están bajo la amenaza de una sentencia, y han sido invitados, a cambio de razonables honorarios, a estudiar el estado de mis facultades mentales. Es porque yo estoy loco. Pero si le encerrasen aquí, a usted, profesor Djemnitsky, y si me llamasen a mí para examinarle, entonces sería usted el que estaría loco, y yo sería un personaje importante, un perito, un embustero, que no se diferenciaría de los otros embus-

teros sino porque mentiría bajo juramento.

Es cierto que ustedes no han matado a nadie que no han robado por robar, y que cuando toman un coche, suelen ajustarlo regularmente en algunas copecas, lo que demuestra su buena salud moral. Ustedes no están locos. Pero puede producirse algo completamente inesperado.

De repente, mañana, hoy, en el momento en que leen estas líneas, puede llegar a ustedes una idea muy bestia, pero imprudente: “¿No estoy también yo loco?”. ¿Qué significa esto, señor profesor? ¿Qué idiota y fútil idea? ¿Por qué van a volverse locos? ¡Pero intenten arrojarla de sí! Han bebido leche y creen que era pura hasta que alguno les ha dicho que estaba mezclada con agua. Y desde entonces, de un modo completamente lógico y natural, ya no hay para ustedes leche alguna que sea pura.

Usted está loco. ¿No siente usted deseo de arrastrarse por el suelo, en cuatro patas? Evidentemente, no. ¿Qué hombre en su sano juicio desearía hacerlo? Y, sin embargo... ¿No siente usted crecer en sí un deseo, un muy

Leonidas Andreiev

pequeño deseo, completamente pueril, de escurrirse de la silla y arrastrarse un poco, nada más que un poquito? No hay que decir que no siente este deseo. ¿Cómo podría sentirlo un hombre en su sano juicio, que acaba de beber el té y de charlar con su mujer? Pero ¿no siente usted sus piernas –hace un instante usted no las sentía–, y no le parece que algo extraño se produce en las rodillas, un pesado entorpecimiento que lucha contra el deseo de doblar la articulación y después...?

Porque, en realidad, señor Djemnitsky, ¿podría alguien retenerle si sintiese el deseo de arrastrarse un poco por el suelo?

Nadie.

Pero espere, ¡antes de arrastrarse! Todavía le necesito a usted. Para mí la lucha no ha terminado todavía.

VIII

*E*l pasado otoño, en un día de sol, me fue dado presenciar la escena siguiente: una muchachita, vestida con un manto acolchado y con una capota que no dejaba ver más que sus mejillas sonrosadas y su menuda nariz, quería acercarse a un perro minúsculo, de finas patas y delgado hocico, con la cola tímidamente metida entre las patas. De repente, se vio la niña agarrada por el terror, se volvió, y, como una bolita blanca, rodó hacia su niñera, que se encontraba cerca; después, sin gritar ni llorar, ocultó su rostro entre las ropas de aquella. ¡Y el perrillo guiñaba gentilmente los ojos y agitaba tímidamente la cola, y el rostro de la niñera era tan bondadoso, tan simple!

Leonidas Andreiev

–No tengas miedo –decía la niñera, y sonreía con todo su rostro cándido bonachón.

No sé por qué, pero volví a ver con frecuencia aquel cuadro, cuando estaba en libertad, mientras preparaba el plan del asesinato de Sa-víélof. Y entonces, al recordar el gracioso grupo bajo el claro sol de otoño, experimentaba un sentimiento extraño: era como si hubiese encontrado la solución de no sé qué problema, y el asesinato que proyectaba me parecía un frío engaño venido del otro mundo, una monstruosidad vacía de sentido. El hecho de que los dos, el niño y el perro, fuesen tan pequeños y tan graciosos, y que tuvieran tan cómicamente miedo el uno del otro, y que el sol brillase tan ardientemente, todo eso era algo sencillo, lleno de una sabiduría profunda y dulce; se habría dicho que en la reunión de aquellos dos seres se encerraba precisamente la solución del enigma de la existencia. Tal era el sentimiento que yo tenía entonces, y me decía: “Será preciso que yo reflexione sobre esto”. Pero no he tenido tiempo para reflexionar sobre aquello...

Ignoro ciertamente, señores peritos, para qué les he contado a ustedes esta ridícula e inútil historieta, cuando tantas cosas serias e importantes tengo que decirles. *Es indispensable terminar.*

¡Dejemos a los muertos en paz! Alejo está muerto, ha comenzado hace ya mucho tiempo a descomponerse, y ya no existe —¡el diablo cargue con él!— Hay algo de agradable en la condición de los muertos.

Tampoco hablaremos más de Tatiana Nicolaïevna .

Es desgraciada, y yo comparto de buena gana la compasión general que inspira; pero ¿qué significa esa desgracia, qué significan todas las desgracias del mundo comparadas a lo que yo experimento, yo, el doctor Kerjentzef? ¿Cuántas mujeres que han perdido sus maridos amados hay sobre la tierra, y cuántas lo perderán todavía? ¡Dejémoslas llorar en paz!

Pero aquí, en este cerebro... Comprendan, señores peritos, cómo se ha complicado terriblemente todo. Yo no amaba a nadie en el mun-

do más que a mí, y, en mí, no amaba este cuerpo horroroso —hay que ser un hombre de baja condición para amarlo—, amaba mi inteligencia humana, mi albedrío. No he conocido ni conoceré nada superior a mi inteligencia, y para eso la deifiqué. ¿Acaso no era digna de ello? ¿No luchaba como un gigante contra el mundo entero y sus errores? Ella me transportaba sobre la cima de una alta montaña, y yo veía, allá abajo, bullir a los hombres, con sus pasiones animales y mezquinas, y su miedo eterno a la vida y a la muerte, con sus iglesias, sus misas y sus *Te Deum*.

¿No era yo grande, libre y dichoso? Como un barón de la Edad Media que, desde lo alto de su castillo inaccesible, semejante a un nido de águilas, mirase, lleno del sentimiento de su orgulloso poder, el llano desarrollado bajo sus pies, lo mismo estaba yo, invencible y fiero en mi castillo, tras los muros de mi cráneo. Dueño de mí mismo, era dueño del Universo entero.

Bueno, pues me han engañado. Con perfidia, cobardemente, como engañan las mujeres y los

pensamientos. Mi castillo se ha convertido en mi prisión. Los enemigos me han sitiado en mi castillo —¿en dónde, pues, está la salud? En la misma inaccesibilidad del castillo, en el espesor de sus muros, precisamente en lo que es mi ruina. Mi voz no llega afuera—; ¿cuál es el hombre fuerte que me salvará? Nadie. ¡Porque nadie es más fuerte que yo, y soy yo, yo, el único enemigo de mi “yo”!

¡La páfida inteligencia me ha engaáfado, a mí, que creía en ella, y que la amaba! No se ha debilitado; ha permanecido clara, fina, flexible como la hoja de un florete, pero la guardia ya no está en mi mano. Y a mí, al creador, al dueño de esta inteligencia, me mata con la misma indiferencia estúpida de que yo me servía para matar a los demás.

La noche cae y un temor insensato me aterra. Estaba de pie y firme, mis pies reposaban sólidamente sobre el suelo, y ahora me veo lanzado al vacío del espacio infinito. La soledad es grande y amenazadora, cuando, delante y detrás, por todas partes, se abre el anchuroso vacío; la

Leonidas Andreiev

soledad es terrible cuando yo, el ser que vive, siente y piensa, me veo tan pequeño, tan infinitamente nulo y despreciable, dispuesto a extinguirme a cada instante. La soledad es siniestra, porque no soy más que una partícula insignificante de mí mismo y en mí mismo estoy rodeado de enemigos rudos, silenciosos, misteriosos, que me hacen pedazos. Donde quiera que voy los arrastro conmigo; solamente en el vacío del Universo, no tengo amigo en mí mismo. La soledad es insensata cuando no sé quién soy yo, y cuando por mis labios, por mi pensamiento, por mi voz, son *ellos* los que hablan.

Es imposible vivir así. Y el mundo duerme tranquilo, los maridos abrazan a sus mujeres, los sabios se instruyen o enseñan, y el pobre se regocija con la limosna que le han arrojado. ¡Mundo loco, feliz en tu locura, tu despertar será terrible!

¿Cuál es el hombre fuerte que vendrá a socorrerme? Nadie. Nadie. ¿Dónde encontraría yo algo eterno adonde me pudiera agarrar con mi “yo” impotente, miserable, abandonado hasta

la desesperación? En ninguna parte, en ninguna parte. ¡Oh! querida, querida niñita, ¿por qué mis ensangrentadas manos se tienden hacia ti?, pues también tú eres humana e insignificante, y estás sometida a la muerte. No sé si yo me querello contra ti, o bien si quiero que tú te querelles contra mí, pero me hubiera gustado ocultarme, como detrás de un baluarte, detrás de tu cuerpecillo frágil, para huir del vacío desesperado del tiempo y del espacio. Pero no, no, todo es mentira.

Yo les pido que me hagan un grande, un inmenso servicio, señores peritos, y si tienen algo de humanos, no rechacen mi ruego. Confío en que nos habremos mutuamente comprendido lo bastante para no creernos unos y otros. Y, si les pido que declaren ante el Tribunal que estoy en mi sano juicio, no puedo obligarme a creer en sus palabras. Para mí, nadie resolverá nunca este problema.

¿He fingido la locura para matar, o he matado porque estaba loco?

Pero los jueces, ellos, les creerán y darán lo

que quiero: el presidio. Os ruego no prestar una falsa interpretación a mis deseos. No tengo remordimientos por haber matado a Saviélof, no busco rescatar mi pecado por el castigo, y, si para probar que estoy en mi sano juicio, tuviese que matar a alguien y desvalijarlo, lo mataría y lo desvalijaría con gusto. Pero es otra cosa lo que me hace desear los trabajos forzados. ¿Qué es? Yo mismo lo ignoro.

Me siento arrastrado hacia allá por una esperanza vaga: la de encontrar entre los que han violado nuestras leyes, los asesinos y los ladrones, las fuentes de la vida que no conozco, y volver a ser mi propio amigo. ¿Qué importa que eso no sea cierto, qué importa que me engañe la esperanza? ¡Quiero, a pesar de todo, unirme a ellos! ¡Oh! ¡Les conozco muy bien! Ustedes son poltrones e hipócritas, aman su tranquilidad más que nada, encerrarían voluntariamente en un manicomio al ladrón que les hubiera quitado un panecillo –declararían al mundo entero loco, y aún a ustedes mismos, antes que atreverse a tocar sus convicciones fa-

voritas—. Les conozco. El crimen y el criminal, he ahí su eterna inquietud, es la voz amenazadora que brota de un abismo desconocido, es la condenación inhumana de toda su vida moral y razonable, y aunque han tenido el cuidado de llenar de algodón sus oídos, la voz les alcanza, llega hasta ustedes de todos modos. Yo quiero ir entre ellos. Yo, el doctor Kerjenzef, me pondré entre las filas de ese ejército para ustedes tan terrible, en donde seré un reproche eterno, el que pregunta y espera una respuesta.

No imploro una gracia, exijo: digan que estoy en mi sano juicio. Mentirán si no lo dicen. Pero si tienen la cobardía de lavarse sus sabias manos, si me encierran en una casa de locos, o si me ponen en libertad, les prevengo amigablemente que he de causarles grandes disgustos.

Para mí no hay jueces, ni leyes, ni nada que esté prohibido. Todo me está permitido. ¿Pueden ustedes representar un mundo donde no existe ninguna ley de atracción, donde no hay ni alto ni bajo, donde todo depende del azar y de la fantasía? Yo, el doctor Kerjenzef, soy

Leonidas Andreiev

ese mundo nuevo. Todo me está permitido. Y yo, el doctor Kerjentzef, les habré de probar. Yo fingiré estar loco. Obtendré mi libertad. Y durante todo el resto de mi vida estudiaré. Me rodearé de sus libros, les robaré todo el tuétano de su ciencia, del que tan orgullosos están, y encontraré una cosa que es indispensable desde hace mucho tiempo. *Será una materia explosiva*, tan violenta como los hombres jamás habrán conocido semejante, más fuerte que la dinamita, más fuerte que la nitroglicerina, más fuerte que todo cuanto se puede imaginar. Tengo talento, soy testarudo y la encontraré. Y cuando la haya encontrado, haré saltar por los aires nuestra maldita Tierra, que tiene tantos dioses, y no un solo Dios, único y eterno.

Diario de un médico loco de Leonidas Andreiev
fue editado bajo el número uno en la **COLECCIÓN**

Literatura  Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente
Gustavo Jalkh Röben
en noviembre de 2013
con un tiraje de 25 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario El Telégrafo.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT
Ligth 12 puntos.

COLECCIÓN

Literatura *Y* Justicia

- **Diario de un médico loco**
Leonidas Andreiev
- **Un hombre muerto a puntapiés**
Pablo Palacio

Escuela de la Función Judicial

Av. La Coruña N26 -92 y San Ignacio
Edif. Austria, 3er piso

COLECCIÓN

Literatura *X* Justicia

Vincular los aspectos que subyacen en la condición humana con las normas y sanciones que la rigen.

La expiación y la culpa, la equidad y la solidaridad como la prueba más alta del concepto de justicia.

Doce títulos de autores de la literatura universal y del Ecuador

Cada mes distribuidos con El Telégrafo

ISBN 978-9942-07-488-1



9 789942 074881

Cada libro es una aventura nueva, una vida floreciente que el lector experimenta al abrir la primera página y que sobrelleva con él hasta la línea final. No tengo duda de que las mejores experiencias de vida literaria que puede tener un lector están en las obras que exploran y escarban el alma del ser humano, aquella que cuestionan e inquietan, las que hieren mortalmente. Con el *Diario de un médico loco*, usted no se quedará indiferente, ya sea como juez o como parte, como juzgador o juzgado, una nueva cicatriz lo acompañará siempre.